

PANORAMA DE LIBROS

MERCURIO

Ejemplar gratuito | Número 109 | Marzo 2009

CARLOS GARCÍA GUAL Relatos de viaje en la literatura griega

JAVIER REVERTE “Conrad aventuró el horror del futuro”

EL VIAJE, MITO LITERARIO

Claudio Magris:
“El mar es el
paisaje de mi vida”



CARNET JOVEN

(AHORA DESDE LOS 14 HASTA LOS 30 AÑOS)

ÚSALO PARA TODO...

OCIO, BANCOS, ALOJAMIENTOS, RESTAURACIÓN,
MODA, INFORMÁTICA, DEPORTES, ESTÉTICA,
CULTURA, SERVICIOS MÉDICOS, LIBRERÍAS...



...PERO NO PARA ESTO*

*TODAVÍA HAY COSAS PARA LAS QUE NO SIRVE

PANORAMA DE LIBROS

MERCURIO

Número 109 | Marzo 2009

EL VIAJE, MITO LITERARIO

ENTREVISTA CON CLAUDIO MAGRIS
Mercedes Monmany

08

“La experiencia de la frontera fue el primer y lejano origen de mis viajes”

RELATOS DE VIAJE EN LA LITERATURA GRIEGA
Carlos García Gual

12

La epopeya odiseica evoca el mundo arriesgado y prodigioso del Mediterráneo

LAS RAÍCES DE LO HUMANO
Javier Reverte

14

Los escritores anglosajones de los siglos XIX y XX trascendieron en gran literatura su aventura personal

JULIO VERNE, LECCIONES DEL ABISMO
Fernando Savater

16

20.000 leguas de viaje submarino y *Viaje al centro de la tierra*, metáforas del riesgo y de la perseverancia

TROTAMUNDOS OLVIDADAS
Cristina Morató

18

Misioneras, aristócratas y exploradoras se lanzaron allí donde los mapas estaban en blanco

DOS AMIGOS EN LA INDIA
Vicente Molina Foix

20

Pasolini y Moravia escribieron sus impresiones, breves y en gran medida contradictorias sobre el país

PAUL BOWLES, EL VIAJERO PERDIDO
Luis Antonio de Villena

22

El escritor americano y su esposa Jane pusieron de moda la literatura de un existencialismo exótico

C I U D A D E S

MÉXICO DIVINO
José Antonio Garriga Vela

24

Diario de un viaje de 3.000 km en autobús

E N T R E V I S T A

CLARA USÓN
Guillermo Busutil / Xavi Torres

26

“La tarea del novelista es apuntar los conflictos, plantearse las preguntas”

L E C T U R A S

NARRATIVA

28

Herman Melville, José Saramago, Arthur Miller, Menéndez Salmón, Roberto Calasso, Carlos Puyol

ENSAYO Y POESÍA

38

Robin Lane Fox, Sánchez-Terán, Dominique Noguét, Stanislaw Lem, Sylvia Plath, Antonio Gamoneda

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
Care Santos

45

Futuros peligrosos, *El elefante encadenado*, *Mika en el Egipto de los faraones*, *Enciclopedia de los misterios mejor guardados*

F I R M A I N V I T A D A

VICTORIA OCAMPO, LA EMBAJADORA DE AMÉRICA
Alfredo Taján

50

Reivindicación de la obra literaria de la fundadora de la revista argentina *Sur*



Convocatoria de los Premios Cortes de Cádiz 2009

El Excmo. Ayuntamiento de Cádiz convoca las nuevas ediciones de sus Premios "Cortes de Cádiz", en sus apartados de Ciencias Sociales, Relatos, Bellas Artes, Diseño, Botánica, Investigación y Composición Musical. Esta iniciativa artística y cultural se encuadra en los actos conmemorativos de 2012, en el que se celebrará el Bicentenario de la constitución de 1812.



9º Premio Iberoamericano de Ciencias Sociales
Dotación 12.000 € Plazo recepción: 15 /12/ 2009

7º Premio Iberoamericano de Relatos Cortes de Cádiz
Dotación 9.000 € Plazo recepción: 15 /09/2009

4º Premio Iberoamericano de Diseño Cádiz 2012
Dotación 12.000 € Plazo recepción: 17 /12/ 2009

4º Premio Iberoamericano de Bellas Artes Juan Luís Vassallo
Dotación 12.000 € Plazo recepción: 15 /12/ 2009

2º Premio Iberoamericano Composición Musical
Dotación 12.000 € Plazo recepción: 14 /11/2009

2º Premio Iberoamericano Investigación
Dotación 12.000 € Plazo de recepción: 31 /12/2009

2º Premio Iberoamericano de Botánica Celestino Mutis
Dotación 12.000 € Plazo recepción candidaturas: 15 /11/2009

INFORMACIÓN Y BASES

Fundación Municipal de Cultura / Centro Cultural Reina Sofía
Paseo Carlos III, nº 9, 11003, Cádiz TFNO: 956 22 16 80
premioscortesdecadiz@cadiz.es / www.cadiz.es / www.cadiz2012.es

Cádiz 2012
Capital Iberoamericana de la Cultura



Ayuntamiento de Cádiz



LA ESCRITURA NÓMADA

Mercurio es una publicación de la Fundación José Manuel Lara para el fomento de la lectura



Presidente **José Manuel Lara**
Vicepresidente **José Creuheras Margenat**
Vocales **Consuelo García Píriz**
Antonio Prieto Martín

Directora **Ana Gavín**

PANORAMA DE LIBROS MERCURIO

Director **Guillermo Busutil**
Subdirector y editor gráfico **Ricardo Martín**
Coordinadora **Carmen Carballo**
Consejo Editorial **Carlos Pujol**
Adolfo García Ortega
Manuel Borrás
Ignacio F. Garmendia
Jesús Vigorra
Maquetación **milhojas. servicios ed.**
Imprime **Artes Gráficas Gandolfo**
Depósito Legal **SE-2879-98**
ISSN **1139-7705**

© FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA
Edificio Indortor. Avda. de Jerez, s/n.
41012 Sevilla
Tel: 95 450 11 40
www.revistamercurio.es
revistamercurio@fundacionjmlara.es

Envío de libros para reseñas:
Revista Mercurio
Fundación José Manuel Lara

Para publicidad en Mercurio:
Marcos Fernández
revistamercurio@fundacionjmlara.es
Tel: 95 450 11 40

La dirección de esta publicación no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores. Tampoco mantiene correspondencia sobre artículos no solicitados.

Mercurio tiene una difusión mensual de 50.000 ejemplares con distribución nacional en librerías y grandes superficies.

El hombre y su inquietud de expansión han hecho posible, desde la Antigüedad, que la literatura y el viaje sean caminos paralelos. Lo supo Homero al trazar en *La Odisea* un viaje fabuloso hacia la verdadera dimensión del ser humano. A él le siguieron Virgilio con *La Eneida* y muchos otros autores cuyos textos se convirtieron en clásicos: el *Mío Cid*, *Simbad el Marino*, Marco Polo, *El Quijote*, las historias de Swift y de Salgari o las expediciones de Darwin, de quién se cumple el bicentenario de su nacimiento.

Posteriormente, el romanticismo inaugura una *literatura del yo*, en la que los autores narran en primera persona sus viajes que solían ser experiencias de formación, vinculadas a la curiosidad por lo exótico. Escritores como Gautier, Coleridge, Ford... consolidan la figura del escritor-aventurero para enseñarnos los factores que confluyen en esa experiencia: los monumentos, la geografía, el arte. Finalmente el siglo XX recupera de nuevo la narración de Homero y convierte el relato del viaje en literatura; ya sea al contar los escritores sus impresiones de la realidad vivida o imaginando su propio itinerario desde su gabinete de trabajo. Ambas narraciones vienen a demostrar que la novela, en sí misma, es un viaje.

En este número de Mercurio Claudio Magris explica, en una entrevista con Mercedes Monmany, el concepto de frontera y la importancia del mar. Carlos García Gual aborda los orígenes de los relatos de viajes en la literatura griega. Javier Reverte repasa la literatura de Melville, de Conrad y de Jack London. Fernando Savater escribe acerca de los viajes abismales de Julio Verne. Cristina Morató lo hace sobre las mujeres viajeras. Vicente Molina Foix refleja la diferente visión que tuvieron de la India Pasolini y Moravia durante un viaje en común y Luis Antonio de Villena recuerda el perfil exótico de Paul Bowles.

Religión y conflictos bélicos en Iberoamérica

Autor/res: González Cruz, David (Edit.)

P.V.P: 15 €

Historia de la Arqueología en el Norte de Marruecos durante el período del Protectorado

Autor/res: Beltrán Fortes, José y Habibi, Mohamed.

P.V.P: 26 €

Con y contra el cine. En torno a Mayo del 68

Autor/es: Cortes, David y Fernández Savater, Amador (Edits.)

P.V.P: 25 €

Difusión del Patrimonio Cultural y nuevas tecnologías

Autora: Bellido Gant, M^a Luisa

P.V.P: 10 €

Prefactibilidad técnica de un vertedero controlado de alta densidad para la ciudad de Antofagasta.

Premio UNIA/RESUR

Autor: Munizaga Plaza, Juan Antonio

P.V.P: 15 €

Valorización integral de residuos de aldeas rurales mediante biodigestión en reactores flexibles.

Premio UNIA/RESUR

Autor: Campero Rivero, Oliver

P.V.P: 15 €

Reforma del Código Penal.

Respuestas para una sociedad del siglo XXI

Autor: Ignacio Francisco Benítez Ortúzar (Coord.)

P.V.P: 22 €

PRÓXIMAS PUBLICACIONES:

Ciudades Patrimonio de la Humanidad: Patrimonio, Turismo y Recuperación Urbana.

Autor: Troitiño Vinuesa, Miguel Ángel (Ed.)

Didáctica del español como segunda lengua.

Autor: Ruiz Fajardo, Guadalupe (Coord.)

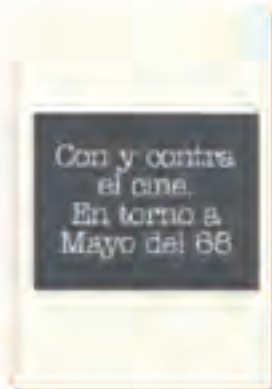
La cooperación territorial en el Mediterráneo.

Autor/es: Blázquez Rodríguez, Irene y Morilla Fernández, Alberto (Coord.)

Servicio de Publicaciones. AREA CRAI. Universidad Internacional de Andalucía.

Monasterio de Sta. María de las Cuevas. C/ Américo Vespucio, 2. 41092 Sevilla.

Tel.: 954-462299 Ext. 220. Fax: 954-462288.





“Creí que era una aventura y en realidad era la vida”

JOSEPH CONRAD



CLAUDIO MAGRIS

“La experiencia de la frontera fue el primer
y lejano origen de mis viajes”

Entrevista de Mercedes Monmany



Magris en la Via Po de Turín.

ISTITUTO ITALIANO DI CULTURA

Candidato ya permanente, desde los últimos años, al Premio Nobel de Literatura, Claudio Magris es uno de los grandes escritores e intelectuales contemporáneos. Sus obras, del más variado signo, desde *El Danubio* a *Microcosmos*, y desde *Otro mar*, y *Así que usted comprenderá* a *Utopía y desencanto* y *La historia no ha acabado*, por citar sólo algunas, son seguidas por miles de lectores de todo el mundo, no sólo europeos. Aunque también hay que decir que el triestino Claudio Magris es uno de los viajeros que más nos han enseñado a comprender, conocer y ver nuestra época.

Recientemente se cumplieron veinte años de la aparición de su libro *El Danubio* en España. ¿Qué recuerda de la gestación de este libro que cautivó a miles de lectores de todo el mundo?

El Danubio, nació de la mezcla de un interés profundo por un tema –por un personaje, por una historia– y de un azar que actúa de “comadrona”, por así llamarlo, y que saca a la superficie a objetos y figuras de ese interés profundo. Pero es verdad que *El Danubio* no hubiera nacido sin esos muchos años anteriores en los que me había dedicado a la literatura y a la cultura centroeuropea. El viaje danubiano es también un viaje del conocimiento, en el que el pobre viajero, mientras avanza por el territorio danubiano, se ilusiona con poder conocer, interpretar, controlar la vida que está alrededor de él con los instrumentos de su propia cultura. Pero, conforme va hacia delante, poco a poco, ese mundo, cada vez más, se le aparece como algo enigmático, tanto en la historia como en la vida. Le da casi la im-

presión de comprender cada vez menos, dándose cuenta de qué poco se entiende la vida con la cultura.

¿Cuál fue el impulso que le llevó a escribir esta historia?

En el año 1982, con mi mujer, Marisa, y con algunos amigos, habíamos hecho un viaje a Eslovaquia. Me acuerdo que estábamos entre Viena y Bratislava, cerca de la frontera del Este, en aquello que aún entonces era “la otra Europa”. Acerca de esto, tengo que decir que creo que mucho de lo que he escrito ha nacido precisamente del deseo de eliminar el adjetivo “otra” y de hacer entender que también esa “otra” es Europa. Pues bien, en aquella ocasión veíamos correr el Danubio, veíamos sus destellos, su esplendor que se confundía con la hierba de los prados.

De repente, vimos una inscripción: “Museo del Danubio”. Esta palabra, Museo, aparecía como algo realmente extraño en medio del encanto de la naturaleza y de aquel momento, y Marisa, que casi siempre, antes que yo mismo, tenía las intuiciones más acertadas, también en lo que respecta a mis libros, dijo: “¿Qué pasaría si siguiésemos avanzando, vagabundeando, hasta la desembocadura del Danubio?”. Y así nacieron aquellos cuatro años dedicados a viajar, a escribir, a reescribir, a vagabundear a lo largo del Danubio. Algo que, a fin de cuentas, acabaría convirtiéndose en símbolo de la frontera, porque el Danubio es un río que pasa a través de muchas de ellas y simboliza por esa misma razón la necesidad y la dificultad de atravesar fronteras, no sólo las nacionales, políticas y sociales, sino también las psicológicas, culturales y religiosas. Al mismo tiempo, el viaje danubiano es un viaje a lo más profundo y en concreto a esa Babel del mundo actual que tiene en Centroeuropa su símbolo particular.

Mares, ríos, islas, lagunas, incluso fiordos del Norte de Europa, saltan sin cesar de una a otra de sus obras. También están presentes en el mismo título del bello libro de su mujer, la escritora Marisa Madieri, *Verde agua*, aparecido de forma póstuma, y que tanto éxito obtuvo en países como España. ¿Qué importancia tuvo para ustedes dos el mar en sus viajes y en sus recuerdos?

El mar está ligado a mis primeros recuerdos de infancia. Es el mar de Barcola, en el extrarradio de Trieste, donde mi madre, a la que le gustaba muchísimo, me llevaba cada día, de mayo a octubre. Aún hoy, cuando estoy en Trieste, no hay día, en esos meses entre el comienzo de la primavera y los comienzos del otoño, en el que no vaya a esa playa, aunque sólo sea por media hora, y no me lance al agua. Creo que ha sido fundamental para mí la experiencia de esa gran apertura del golfo de Trieste, un mar en sí modesto pero que aporta el sentido de lo abierto, del horizonte ilimitado que parece anunciar los otros y más grandes mares y océanos. Esa apertura, como aprendí y entendí más tarde, no es sólo física, sino también cultural, humana: el golfo de Trieste se extiende desde Italia hacia Eslovenia y Croacia, y aunque esas costas ahora eslovenas y croatas en un tiempo formaron parte política de Italia y estaban pobladas por italianos, ese mar sugiere el encuentro y la mezcla de civilizaciones y de culturas. Ese mar, mi mar de escollos y de rocas blancas, de agua de

repente profunda e intensamente azul, ha sido durante mi infancia uno de mis primeros lugares de juegos y aventuras y más tarde de los primeros deslumbramientos amorosos. El mar de Trieste, de Istria, de Cherso, el mar de Salvo, de Rovigno, de Miholascica, han sido y son aún hoy el paisaje de mi vida, de mi existencia compartida con Marisa, un paisaje inseparable del amor. Por tanto, el mar, para mí, es, ante todo, un mar concreto, físico. Pero también un mar de papel, un mar recreado y reinventado por la gran literatura: los dos se compensan y se integran recíprocamente; uno no podría existir sin el otro.

El mar tiene un fuerte valor simbólico en la literatura.

El más grande libro jamás escrito, *La Odisea*, el relato del viaje a través de la vida, es impensable sin el mar, pero también el mar es hoy impensable sin *La Odisea*. El mar, por tanto, tiene un doble valor simbólico. Ante todo representa la lucha, el desafío, la prueba, el enfrentar-

“El mar es desafío y abandono, símbolos de la unidad de la vida”

se con la vida, tal y como se aprecia por ejemplo en muchos de los grandes relatos y novelas de Conrad. Yo, sin embargo, quizá siento más el mar como abandono, el mar vivido no en la posición erguida de la lucha y del desafío, sino en aquella tendida del abandono. Es decir, el mar como símbolo de la unidad de la vida, a pesar de los naufragios y de las tragedias; un mar misteriosamente sereno, enigmático, símbolo de nostalgia pero también de satisfacción. El mar es muchas cosas: es el Leviatán, el elemento incierto y hostil; es el gran sudario que se extiende al final de *Moby Dick* y del canto de Ulises en Dante; pero también es una gran escuela de humildad, es el mar que desgasta, el mar que vence, como dice N’Toni en *Los Malavoglia*. Yo nunca me cansaría de mirarlo, de escucharlo.

Ese paisaje marino le ha servido de ayuda en los momentos más duros de su vida.

En los dos últimos meses, antes de morir, Marisa me decía cada día que fuera al mar, aunque sólo fuera media hora, que lo hiciera por ella. Y pocas semanas antes de morir me dijo, con ese tono desafiante de quien habla de algo que na-

die ya nos podrá quitar: “Hemos tenido nuestros veranos”, porque poco antes, al comienzo de junio, habíamos pasado unos días inolvidables en el mar de Miholascica, en Cherso. Pero el mar también es el símbolo de la persuasión, como he intentado contar en mi novela *Otro mar*. La persuasión significa la posesión en el presente de la propia vida. El mar es el símbolo de la vida que se basta a sí misma, del puro presente. Cuando se mira, se oye y se siente el rumor de su resaca no se desearía que el tiempo pasara nunca. No se desea nada salvo ese presente, ese resplandor y el rumor de esas olas. Thomas Mann decía que el amor por el mar es también el amor por aquello que trasciende al individuo. El mar es también –y así lo siento yo a menudo– una promesa de vida verdadera, de lo que la vida podría y debería ser. El mar es épico, es decir, da sentido al aliento de la vida, un aliento unitario a pesar de todas las escisiones, y también al relato que la explica.

Ha citado a varios autores que trataron el tema del mar. También lo trató su esposa, Marisa Madieri, de forma reiterada. ¿Cuáles son sus autores favoritos, sobre este motivo?

Como he dicho antes, Marisa sintió profundamente, y en esto estaba en una total sintonía conmigo, el mar. Un mar que no sólo está presente en *Verde agua*, sino en otros textos suyos, en particular en algunos que aparecerán próximamente, traducidos al español por Valeria Bergalli, en la editorial Minúscula. Me refiero sobre todo a un relato, *La conchiglia* (La concha), ambientado en una isla en medio del océano, donde el mar aparece como algo fascinante y a la vez terrible. En un pasaje bellissimo se le define como “nuestra condena”. En cuanto a la literatura marina, tendría que escribir un ensayo entero para hablar de forma adecuada. Yo encontré el mar, desde pequeño, en las novelas de Salgari, en los mares del Corsario Negro y de los Piratas de Malasia. Un mar pequeño que poco después se abriría a aquél mucho más grande de London, de Stevenson, de Conrad, de Melville y tantos otros autores, también italianos, desde Verga a Comisso, desde Brignetti a La Capria o D’Arrigo. Por otro lado, amo con pasión el mar gallego de Cunqueiro, y también el del Caribe de Carpentier. Aunque tendría que nombrar a tantos otros...

¿Cree que ese impulso viajero que siempre ha estado presente en su obra tuvo que ver con el hecho físico y biográfico de ser fronterizo?

Creo que sí, aunque siempre es difí-

cil responder, de forma clara, a este tipo de preguntas. Pero, por supuesto, desde pequeño, la experiencia de la frontera fue el primer y lejano origen de mis viajes. La frontera, sumamente cercana, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando yo era niño, no era una frontera cualquiera, sino el Telón de Acero que dividía el mundo en dos partes. Y yo veía aquella frontera, por encima de las montañas del Carso, cuando iba a pasear y a jugar. Detrás de ella estaba el mundo del Este, bajo el dominio de Stalin, un mundo al que no se podía ir, ya que la frontera, en aquellos años, era infranqueable. Se trataba de ese Este tan a menudo ignorado, rechazado, temido o despreciado. Cada país tiene un Este al que rechaza. Aunque al mismo tiempo, tras la frontera, estaba un mundo que yo conocía perfectamente, porque se trataba de aquellas tierras que habían formado parte de Italia y que Yugoslavia había anexionado al final de la Segunda Guerra Mundial. Tierras en las que yo había estado de niño, por tanto un mundo familiar, conocido. De algún modo, yo sentía eso: que tras la frontera había algo de conocido y al mismo tiempo de desconocido. Y creo que esto es fundamental para la literatura, que a menudo es un viaje de lo conocido a lo desconocido, y al mismo tiempo de lo desconocido a lo conocido. Este sentido del viajar como riesgo, como necesidad de convertirse en lo que se es, creo que puede tener ahí, en esa “situación fronteriza”, su origen.

¿El ser humano va recomponiendo sus paisajes, como todo lo que se refiere a la formación de su identidad personal a lo largo del tiempo? ¿Cuáles diría que han sido sus nuevos paisajes y lugares preferidos, descubiertos en los últimos años y viajes?

Esta pregunta es importantísima, precisamente por esta expresión de “recomponer” los propios paisajes y, también, por lo que menciona sobre la relación que hay entre esto y la propia identidad personal. Aunque quizá, se podría decir “las propias identidades personales”, porque tenemos muchas: no sólo la nacional, sino tam-



El mar Adriático desde Miramare, cerca de Trieste.

RICARDO MARTÍN

“El mar también es una promesa de vida verdadera, de la vida que prodría y debería ser”

bién la política, sexual, religiosa, cultural y tantas otras. Yo, por ejemplo, he visto recompuestos de forma consciente –tanto en mi fantasía, como luego, traspasado a mi escritura– ciertos paisajes fundamentales de mi infancia, sobre todo los marinos. Todo ello se ha convertido en una especie de estructura que se ha dado la mano con otros paisajes amados y encontrados en mis viajes por el mundo. Paisajes naturales, urbanos, culturales y paisajes sobre todo humanos: hombres y mujeres, así como gestos y modos de expresarse; ideas, pero también, y sobre todo, sentidos, encuentros. Entre los paisajes que me han marcado profundamente, después de la experiencia de *El Danubio* y también quizá de *Microcosmos*, tengo que citar el paisaje gallego, la ruta del Quijote, ciertos e inolvidables paisajes andinos y, ahora mismo, algunos paisajes caribeños, tan sólo entrevistos de forma material en Cuba, pero que cultural y literariamente he encontrado en grandes páginas, sobre todo las pertenecientes a escritores de las Antillas francesas, con Édouard Glissant a la cabeza.

“En el mundo organizado a escala planetaria, la aventura y el misterio del viaje parecen

acabados”, decía usted al comienzo de *El Danubio*. ¿Qué cree que ha matado en nuestros días esa aventura y misterio de antiguos viajes y viajeros?

No creo en absoluto que en nuestros días la aventura y el misterio hayan sido eliminados. Creo que la falsificación existía también en el pasado, aunque en unas formas, como es natural, muy diversas. Y también creo que los antiguos viajes y viajeros se tenían que enfrentar a esta falsificación, a la dificultad de ver el misterio. Continuo creyendo que, en unos modos siempre nuevos y distintos, unas veces más o menos difíciles (y hoy serían muy difíciles) tenemos que tener en cuenta

el misterio, siempre presente, tanto en la vida como en la historia. Y por supuesto, tenemos que hacerlo sin coquetear con él, sin convertirnos en sus legisladores o en unos conferenciantes del misterio.

¿Le molesta, dentro de su amplísima bibliografía, ser presentado como “gran viajero y autor de libros de viajes”? Una dignidad de la literatura de viajes que existía en efecto en el pasado y lo testimonian perfectamente autores como Sterne, Goethe o Chateaubriand.

No, esa definición no me molesta. Naturalmente toda definición, de cada uno de nosotros, es siempre parcial y no se puede pretender que una definición integre toda una vida, incluso una modesta como la mía y como casi la de todos nosotros. Tan sólo puede ser irritante cuando se convierte en una etiqueta casi automática, hecha casi para poner fuera del juego a alguien. En cuanto a las transformaciones, creo que la literatura, como es la de estos escritores citados, enriquece y por tanto cambia el tipo de viaje, en el sentido de la vida. Una dignidad de la literatura como viaje, o del viaje como literatura, que existía en efecto en el pasado y lo testimonian perfectamente estos nombre y continua existiendo hoy, aunque naturalmente de manera distinta. Viajar es antes que nada viajar en el tiempo; en el pequeño tiempo de nuestra vida individual, que se consuma mientras viajamos, pero también en ese tiempo más grande de la Historia que nos integra a todos a la manera de un gran río.

Relatos de viaje en la literatura griega

La epopeya odiseica evoca el mundo arriesgado y prodigioso del Mediterráneo

CARLOS GARCÍA GUAL*

Tenía el griego clásico varios vocablos para nombrar el mar: *thálassa*, *hals*, y *pontos*. *Pontos*, que suele designar “el alta mar”, viene de una raíz indoeuropea que significaba “camino” (latín *pons*, inglés *path*, antiguo indio *pantah*, ant. eslavo *ponty*). Y, en efecto, el mar fue para los griegos, gentes de islas y costas, camino de aventuras, el sendero innumerable y tentador hacia un horizonte pródigo en promesas y misterios. *La Odisea* de Homero, el segundo gran poema épico, tiene en las aventuras marinas de Ulises su escenario más fabuloso, sus episodios más memorables, su encanto más firme. Compuesto a poca distancia de *La Ilíada*, a finales del siglo VIII a.C., el relato odiseico evoca el mundo arriesgado y prodigioso del Mediterráneo, que algunos audaces navíos helénicos comenzaban por entonces a recorrer y a explorar. Con sus islas y sus gentes diversas, sus magas, sus ogros, sus lotófagos, sus tesoros y sus trampas mortales, esa epopeya aventurera –que no se centraba ya en antiguas proezas guerreras, sino que narraba viajes y encuentros muy diversos, con un protagonista que, después de sus múltiples naufragios, gracias a su

astucia, lograba volver a su patria con un final feliz–, envolvía con su encanto a sus oyentes, tanto como la narración de Ulises en el palacio de Alcínoo logró seducir al hospitalario rey de los feacios.

La Odisea es el primer gran relato de viajes de nuestra literatura; es ya una narración construida con una destreza poética singular, con una notable sofisticación. Alberga tres mundos distintos: el de Ítaca, con el que se abre y cierra el relato; el de la guerra de Troya, recordada en el viaje de Telémaco por Néstor, Menelao y Helena, y el de esas aventuras marinas que el mismo Odiseo cuenta, en el banquete ofrecido por los feacios. Esas fantásticas aventuras son la sección más famosa del poema y quedan en el centro de la narración. (Recordemos que ocupan los cantos VIII a XII; los cuatro primeros cantos constituyen la llamada “Telemaquia” y los doce últimos tratan del regreso y la venganza de Ulises, ya en Ítaca desde el XIII). Ahí están los Cícones, los Lotófagos, los Lestrígonos, Eolo, Polifemo, Circe, las Sirenas, el tenebroso Hades, Escila y Caribdis, y la tentadora Calipso, evocados por Ulises. Gran narrador, no sólo de estos lances, sino también de falsas autobiografías



de urgencia. A las aventuras fantásticas les conviene ser contadas, en primera persona, por su protagonista. (Odiseo es un modelo para Eneas, Luciano, Simbad, Dante, Cyrano, Gulliver, etc.) Del itinerario marino de Ulises, intrigante y fabuloso, se ha especulado mucho, pero sin fundamento.

Sí podemos, en cambio, dibujar sobre un mapa la ruta complicada y aventurera de otro gran viaje mítico: el de los Argonautas, capitaneados por el héroe Jasón, que fue a la Cólquide en pos del Vello de Oro, y volvió de allí, con Medea, cruzando el Mar Negro y los largos ríos de Europa y buen techo del Mediterráneo. Argo es la primera nave con nombre propio, una nave aureolada de prestigio, cargada de remeros heroicos. Ese viaje lo cuenta Apolonio de Rodas, ya en el siglo III a.C., en su *Argonáutica*. Sobre un esquema mítico arquetípico (el héroe que va en busca del tesoro que guarda un feroz dragón en una tierra remota, y vuelve con su botín y la princesa) el refinado poeta helenístico añadió detalles geográficos y, sobre todo, un fuerte ingrediente erótico: el amor apasionado de Medea. Con ello la épica adquirió un aire sentimental y moderno, que retomará su mejor lector: Virgilio, en el episodio de Dido y Eneas, en su *Eneida*.

Junto a Ulises y Jasón (y otros viajeros míticos, como Dioniso y Heracles) sólo podemos recordar un viajero que, surgido en la historia real, devino luego protagonista mítico de otro prodigioso viaje: a Oriente, no por mar, sino por tierras exóticas de Asia. Es Alejandro, el monarca macedonio que conquistó todo el inmenso imperio persa, y llegó desde el Nilo hasta el Indo en una gesta histórica digna de la mejor celebración épica. Como se sabe, no tuvo Alejandro un Homero que diera resonancia poética a sus fulgurantes hazañas, sino que sus campañas y triunfos nos llegan en las prosas frías de algunos

historiadores tardíos. Y, además, en un texto extraño, novelesco y fantasioso, de extraordinaria difusión popular: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*. Compuesto casi cinco siglos después de la muerte de Alejandro –casi a igual distancia como está Apolonio de Homero–, este asombroso relato mezcla historia y mito. El gran conquistador resurge como el explorador del Oriente, el buscador de la inmortalidad, que asciende al cielo en un carro tirado por grifos y baja al fondo del mar en una bola de cristal, y se enfrenta a los monstruos de las selvas asiáticas y escucha a los árboles parlantes del Sol y la Luna, y muere fatídicamente en la ciudad de Babilonia.

Este texto tardío (siglo III d.C.) no es, formalmente, una epopeya heroica, como son *La Odisea* y *La Argonáutica*. Está escrito en una prosa pedestre y su protagonista no es, desde luego, un héroe del acervo mítico, sino un ser histórico; pero, sin embargo, da expresión a un mismo anhelo épico de ensalzar al protagonista de magníficas aventuras, que viaja lejos y muere joven y de modo trágico y misterioso en su trono imperial.

Junto a estos tres relatos épicos (en un sentido amplio), podemos recordar algunos de carácter histórico protagonizados por inolvidables viajeros reales. Citaré sólo dos, de época clásica y de dos ejemplares prosistas: la *Historia* de Heródoto y la *Anábasis* de Jenofonte. Si bien el gran pionero de los historiadores griegos no quiso hablarnos de sus andanzas, sino de las hechos memorables que había visto y oído en esos viajes (Asia Menor, Fenicia y Babilonia, Egipto y Norte de África, Sicilia y sur de Italia, Tracia y Escitia), bien merece la admiración que le dedicó R. Kapuszinski como el prototipo del viajero solitario y sagaz en países lejanos (en su libro *Viajes con Heródoto*). Jenofonte es más bien un ágil reportero que un historiador en su testimonio sobre *La retirada de los Diez*

Mil (a diferencia de su narración histórica *Helénicas*), y el aspecto novelesco y la precisa visión de la larga marcha audaz de los mercenarios perdidos en la geografía de Anatolia hacen de sus apuntes un reportaje de guerra veraz e inolvidable.

Hemos perdido otros relatos de viajes fantásticos, como el que escribió Yambulo de su estancia en la isla paradisíaca del Sol (acaso Ceilán), en pleno océano Índico, con sus rasgos utópicos, y el de *Maravillas de Tule* de un tal Antonio Diógenes, que narraba un viaje novelesco por heladas tierras árticas e incluía una estancia en la Luna. (Los conocemos por sendos resúmenes de Diodoro y de Focio). Algo nos compensa la parodia cómica que sobre tal género de narraciones escribió Luciano en sus *Relatos Verídicos* o *Verdadera Historia* hacia fines del siglo II. En los dos librillos de esta disparatada novela –que influyó en T. Moro, Cyrano, Rabelais, Swift, Voltaire, etc.– encontramos los motivos más tópicos del género: el viaje a la Luna y a las estrellas, con profusión de seres extraterrestres de muy estrambóticos aspectos, las peripecias en el oscuro interior de la gran ballena, el periplo por islas maravillosas (la del Queso, la de las Lámparas, la de los Sueños) y la visita al País de los Bienaventurados (donde el viajero charla con los muertos más ilustres, como el viejo Homero), y encuentros con sinistras brujas Casi mil años después de Homero Luciano anticipa la “ciencia ficción”; con fastuosa ficción y nada de máquinas. También en las novelas griegas de la época abundan los viajes exóticos. La literatura griega cierra así su ejemplar inventario.

(*) *Catedrático de Filología Griega y traductor de la Odisea, el Viaje de los Argonautas, y los Relatos Verídicos de Luciano (en Alianza Ed.) y la Vida y hazañas de Alejandro (Ed. Gredos), y tratado de los viajes novelescos griegos en Primeras novelas (Gredos 2008).*



Jack London, ante el timón, a bordo del *Snark*, con su mujer Charmian Kittredge y la tripulación.

JACK LONDON COLLECTION

JAVIER REVERTE*

Abundan los libros en los que el viaje y la literatura se funden en forma magistral, o mejor dicho: con el propósito de lograr un resultado ejemplarizador a través de la acción, de la humanización de sus personajes y del estilo literario.

Porque la literatura cumple a menudo una función ejemplarizadora, o al menos tal fue la pretensión de una buena parte de los textos clásicos desde el inicio la gran aventura intelectual de los griegos, allá por el siglo VIII antes de Cristo, hasta la antesala misma del presente.

Creo que está de más señalar a *Don Quijote* y *La Odisea* como principales exponentes de esa fusión entre viaje y obra de cariz imaginario que trata de ofrecernos a los hombres un retrato de nuestra peripecia existencial y de nuestra deriva moral. Y si se quiere, incluso se puede ampliar el maridaje para convertirlo en

Las raíces de lo humano

Los escritores anglosajones de los siglos XIX y XX supieron trascender en gran literatura su aventura personal

una especie de “ménage a trois”: viaje, literatura y aventura. Es probable que no existan muchas más palabras de carácter tan hermoso en nuestros diccionarios como las tres anotadas. Y Homero y Cervantes las conjugaron mejor que nadie. Ambos trataron, además, de convertir a sus personajes en una suerte de figuras ejemplares de la peripecia humana.

Hay un aspecto todavía más singular en esta peripecia literaria y viaje. Y es aquel en que se añade la vida aventurera del autor. De Homero no sabemos siquiera si existió como un ser singular o si es el resultado de los trabajos colectivos de la Biblioteca de Alejandría cuando organizó el Cánón de la Antigüedad. De Cervantes sabemos que, no siendo un aventurero de vocación, llevó a su pesar una vida aventurera. Y que una buena parte de su obra está marcada por esa existencia llena de sobresaltos y no pocos padecimientos, como sus años de cautiverio en Argel. Pero son, sobre todo, los escritores americanos de los siglos XIX y XX quienes supieron trascender en gran literatura su aventura personal. Una aventura marcada, en buena medida, por el signo del viaje.

Sin duda el más grande todos fue Herman Melville, cuya monumental novela *Moby Dick* poco apreciada en su tiempo por la crítica, trascendió de tal forma la peripecia de su protagonista, el marinero Ismael, que llegó a ser considerada, en los años posteriores, una narración casi de corte metafísico.

Hubo otro gran escritor americano, aunque quizás no tan grande como Melville, que interpretó como muy pocos esa fusión de vida y obra a lomos de la aventura: su nombre era Jack London. Sus novelas, salvo *La llamada de lo salvaje*, no alcanzaron en mi opinión una gran categoría literaria. Pero algunas de sus narraciones breves, en especial las de los territorios del Yukón canadienses durante los días del “Gold Rush” (la carrera del oro) del Klondike, se encuentran entre los mejores cuentos que han visto la luz durante el siglo XX. El californiano London, que vivió sus primeros años en una extrema pobreza, tomó un barco en el verano de 1897 en el puerto de San Francisco para ir, como otras decenas de miles de personas, en busca del oro descubierto unos meses antes en el río canadiense Klondike, afluente del Yukón, situado a pocos kilómetros de la frontera con Alaska. London consiguió, antes de que llegaran las nieves, franquear en condiciones muy duras los pasos de montaña que llevaban

a las fuentes del Yukón. Y desde allí, se embarcó junto con tres compañeros en un bote fabricado por ellos para navegar una buena parte del gran río, tratando de alcanzar a ciudad de Dawson, en la confluencia con su tributario el Klondike, antes de la llegada del invierno. No lo logró y quedó atrapado por el hielo durante varios meses en las orillas de otro tributario del Yukón, el río Stewart, unos ciento cincuenta kilómetros antes de llegar a Dawson. En su cabaña, visitada con frecuencia por tramperos, mineros, comerciantes e indios, London hizo uno de los intercambios más fructíferos de la literatura: él les narraba historias leídas en los textos de los clásicos y ellos le contaban las historias de sus vidas y aventuras, el material que constituiría la médula de sus posteriores ficciones.



Joseph Conrad en 1924.

MALCOLM ARBUTHNOT

Cuando London alcanzó Dawson City, las concesiones mineras más ricas tenían ya dueño y, un año después de su partida, el futuro escritor regresaba a California atravesando el Mar de Bering con sólo cuatro dólares en el bolsillo. Pero sus relatos del Yukón le convirtieron en unos pocos años en el narrador más leído de su tiempo y en un hombre muy rico. London creó una escuela de vida y literatura que tuvo posteriores lumbreras en las letras norteamericanas, como fue el caso más llamativo de Ernest Hemingway, que encontró en los viajes, las guerras, los toros, la pesca y la caza el escenario de sus aventuras reales y de ficción.

Hay otro gran escritor, inglés en este caso, que recuperó a comienzos del siglo pasado el viejo aliento clásico de intentar trasladar la peripecia aventurera a una

suerte de paradigma del alma humana para presentarse ante nosotros con un texto memorable. Me refiero a Joseph Conrad y a su *Heart of Darkness*, traducido erróneamente –como me indicó con justeza en su día Mario Muchnik– como *El Corazón de las tinieblas*, cuando su título exacto en castellano sería *Corazón de Tinieblas*. Conrad quiso dar a ese título exento de artículos la ambigüedad necesaria para hacernos notar que el entorno de la selva oscura y tenebrosa era espejo del espíritu humano sometido por las incertidumbres a las que le arrastra su lado más oscuro. Hay en el libro un viaje por un río, hay un personaje misterioso y temible que lo protagoniza, el agente Kurtz, y hay una aventura en el turbio argumento de esta novela inquietante, implacable e impecable, una de las joyas de la literatura del siglo XX, nacida justamente en sus albores, en el año 1901.

Pero a diferencia de las otras obras citadas antes, Conrad no quiere mostrar en su viaje literario la fe del protagonista, Ulises, en el regreso a sus orígenes, a su casa, y su transformación y su humanización en el camino de vuelta desde la guerra. Ni tampoco trata de dibujarnos la virtud de la moral irreductible frente a la vulgaridad del mundo, como en el caso del Quijote. Ni sigue los pasos de redención del Ismael de Melville ni se preocupa del tono fatalista de historias como las de London. El camino de Conrad es un camino inverso: es un camino de perversión. Y en esa viaje hacia el mal, hacia “el horror”, traza sobre el escenario de la selva impenetrable el retrato del alma humana encaminada hacia los ignorados abismos de su degeneración moral. Viajamos desde un mundo civilizado y ético a un universo carente de moral y abocado al salvajismo más inhumano. Eso es *Corazón de Tinieblas*.

Conrad no conoció los campos de exterminio nazis, ni el Goulag, ni los horrores de Bosnia o de Ruanda, ni el “napalm” de Vietnam, por poner algunos ejemplos. Pero aventuró algunas hipótesis del horror del futuro en su viaje por un río africano al que no nombra en el libro y que era el Congo. Por algo Francis Ford Coppola eligió el argumento para su devastador *Apocalypse Now*.

En todo caso, tanto él como London o Hemingway, como Melville y quizás el propio Homero, son escritores irrepetibles. Nunca sabremos qué podrían contarnos de un mundo como éste.

(*) *Autor de Vagabundo en África y El corazón de Ulises.*

Julio Verne, lecciones del abismo

Leerlo es soñar, pero sin renunciar al cálculo, a la reflexión e incluso al proyecto



FERNANDO SAVATER

El carácter iniciático de las novelas aventuras que tienen un viaje por argumento es ampliamente reconocido incluso por los críticos más reacios a la mitologización de la narrativa. Bien mirado, el ochenta por ciento de las aventuras revisten la forma de un viaje, desglosable siempre con suma facilidad en pasos hacia la iniciación. El viaje es siempre visto como algo significativo por la sabiduría épica: para el narrar, nunca se peregrina impunemente.

Leer a Verne es como subir en globo sin lastre, como cabalgar en un cometa, como dejarse arrastrar al abismo por una insondable catarata: y todo ello, dentro del más estricto y hasta prosaico sentido común. Es soñar, desde luego, pero sin renunciar por ello al cálculo, a la reflexión e incluso al proyecto; es aliarse con el delirio y poner el mito a nuestro servicio, para llegar al realismo más pleno e irrefutable, para aposentarnos irrevocablemente en la estricta cotidianidad que nos rodea asumida como *imaginación realizada*.

La primera de las dos novelas de Verne que elijo para ilustrar el viaje hacia abajo es *Viaje al centro de la Tierra*, una de las más portentosas e imborrables del ciclo. Todo Verne está en ella: el escenario insólito, la empresa prodi-

giosa, el adolescente tímido y renuente, pero emprendedor, el adulto enérgico que lleva a cabo la iniciación, las fuerzas indomables de lo oculto, la significación implícitamente metafísica del riesgo y del descubrimiento. El profesor Lidenbrock decide dar lecciones de abismo a su sobrino Axel: su proyecto es nada menos que hacerle bajar hasta el centro mismo de la Tierra. Axel no quiere contestar a este llamado; puesto que su principal argumento es que todo lo que le interesa en el mundo está en su superficie. Lidenbrock, sin embargo, le convence de que llegar al centro es lo que mejor le permitirá posesionarse de los placeres de la superficie. Axel tardará en admitir esto: tardará exactamente toda la novela. El centro, después de todo, marca sólo la mirad del viaje: lo cierto es que se ha bajado para subir, esta vez con sentido profundo, a la superficie. Pocos relatos son tan redondamente elogiosos del forcejeo y la perseverancia. Bajar, queda bien claro, es, ante todo, cuestión de empeño. Axel debe conocer todas las pruebas que el esfuerzo afronta: el hambre y la sed, la soledad en las tinieblas, el pánico a lo desconocido. En la crónica de otras hazañas resplandece ante todo la pericia o el valor de los héroes; en ésta, destaca su terquedad.

El mismo Verne nos propone otra versión del viaje hacia abajo esencialmente distinta de la que acabamos de comentar. *Veinte mil leguas de viaje submarino* promete, desde su mismo título, un periplo completo por este nuevo territorio. Ahora ya no se baja para luego subir, como en el caso anterior, sino para instalarse definitivamente en pleno corazón de lo diferente. La profundidad marina es literalmente para *destrerrados*. Los que la eligen, mueren a todos los efectos implicados en su vida anterior. La tripulación de ese buque errante y fantasma, el *Nautilus*, está formada exclusivamente por muertos. Su capitán ha perdido su

Aunque describa el lugar más remoto, se las arregla para darle un aire de familiaridad y sencillez



El capitán Nemo en el *Nautilus*, ante un pulpo gigante, según una ilustración de la primera edición de 1870 de *20.000 leguas de viaje submarino*.

anterior nombre y rango para llamarse Nadie, como Ulises, pero un Ulises que no realiza esta renuncia a su nombradía, como subterfugio para mejor recuperarla después, sino que por este desnombramiento quiere proclamar su definitivo abandono de la ilusión de Ítaca. Descender en el mar significa decantarse por la absoluta libertad. Como iniciación, *Veinte mil leguas de viaje submarino* está aún más frustrada que el *Viaje al centro de la Tierra*; Axel sufre al menos cierta transformación, entusiasmándose gradualmente por la empresa que su tío y él han acometido, pero los tres prisioneros de Nemo no modifican en nada su relación con él o consigo mismos en ningún aspecto fundamental. En sus mejores momentos, se portan como turistas y en el resto como presos ávidos de evasión.

Es sorprendente lo poco exótico que es Verne, sobre todo teniendo en cuenta que en su época casi todos los autores de viajes lo eran forzosamente. Aunque describa el lugar más remoto y las costumbres menos usuales, se las arregla para darle a la cosa un aire de familiaridad y sencillez, casi de sentido común. Los viajes imposibles de Verne son infinitamente menos folclóricos que los auténticos de un Pierre Loti, por ejemplo; y no digamos que los paisajes en que ambienta sus novelas Salgari. Es preciso recordar que Verne tenía que dar a sus viajes un tono educativo por sus obligaciones con su editor, el gracias a él inmortal Hetsel. Pero en lugar de respetar fielmente el planteamiento enciclopédico que se le proponía, Julio Verne dio a su saga el título de *Viajes extraordinarios*. No compuso tratados ni crónicas de descubrimientos, sino diarios de a bordo de audaces exploradores.

[Del libro *Misterio, emoción y riesgo*, Ariel, 2009.]

Trotamundos olvidadas

En la época victoriana las exploradoras inglesas fueron tachadas de “feas, inmorales y masculinas”



La norteamericana Osa Johnson en Kenia en 1921.

MARTIN JOHNSON

CRISTINA MORATÓ*

El primer libro de viajes de las lenguas hispanas lo escribió una religiosa gallega en el siglo IV. La intrépida abadesa, de nombre Egeria, a mediados del año 381 partió desde Constantinopla hacia Jerusalén dispuesta a venerar los Santos Lugares. Durante tres largos años recorrió sola Egipto, Alejandría, el Sinaí y todos los lugares bíblicos que encontró a su alcance. Durante su temeraria aventura, Egeria escribió “a sus compañeras de Hispania” una serie de cartas donde describe, con un estilo directo y espontáneo, todo cuanto veían sus asombrados ojos. En 1844 las cartas de Egeria –conocidas como *Peregrinación* o *Itinerario*– salieron a la luz y los lectores descubrieron con sorpresa que éste relato,

con gran cantidad de detalles y valiosas descripciones, lo había escrito una mujer. El viaje de Egeria es un libro extraordinario por su antigüedad y un recorrido por los lugares más simbólicos de Tierra Santa vistos con los ojos de una mujer de mediana edad, audaz, y llena de curiosidad. Un texto sencillo donde la autora narra su épica travesía sin mencionar los peligros ni las incomodidades a las que tuvo que enfrentarse. Ni siquiera le da importancia al hecho de que posiblemente no regrese con vida de su viaje.

Al igual que la noble Egeria, desde los tiempos más remotos un buen número de mujeres se aventuraron a explorar el mundo aunque la historia –escrita por los hombres– haya olvidado sus increíbles hazañas. Peregrinas, conquistadoras,

misioneras, aristócratas inglesas, esposas de exploradores y diplomáticos, se lanzaron allí donde los mapas estaban en blanco contribuyendo con sus viajes a un mayor conocimiento geográfico del mundo. Sin embargo, sus nombres nunca aparecen en los libros dedicados a los grandes hitos de la exploración; ni un monumento ni una triste placa las recuerda en sus lugares de nacimiento o en los escenarios donde llevaron a cabo sus hazañas. Parece que la exploración del ancho mundo, la búsqueda de lo desconocido, fue empresa exclusiva de los hombres. Por fortuna, la otra parte de la historia, la protagonizada por valientes féminas, va saliendo a la luz y nos demuestra que el “demonio” de la curiosidad no sabe de sexos. Aquellas primeras trotamundos no fueron tan “lo-

cas” ni “excéntricas” como nos hicieron creer los hombres de ciencia de su tiempo más empeñados en ridiculizarlas que en reconocer sus méritos.

Fue en pleno siglo XIX cuando irrumpieron las más grandes viajeras –en su mayoría británicas– en una época en la que se creía firmemente que una mujer no estaba preparada ni física ni mentalmente para viajar y que el contacto con los nativos “salvajes” corrompía la pureza de sus almas. En la Inglaterra victoriana a las intrépidas trotamundos que viajaban solas se las tachaba, sin distinción, de “feas, inmorales y masculinas”. Mujeres como Ida Pfeiffer, Mary Kingsley o Isabella Bird demostraron a los escépticos que la exploración también era cosa de mujeres, aunque en su caso fueran tranquilas amas de casa, viudas o puritanas solteronas. Solas y sin escolta, estas valientes damas realizaron los primeros estudios de campo entre tribus desconocidas, levantaron mapas y capturaron especímenes para los más importantes museos de historia del mundo. En sus travesías se enfrentaron con grandes dosis de humor –y a golpe de sombrilla– a fieras salvajes, caníbales hambrientos y un clima especialmente mortífero para el hombre blanco.

Mucho se ha escrito sobre los fantásticos viajes de Marco Polo o acerca de los motines, naufragios y todo tipo de dificultades a las que tuvo que enfrentarse Fernando de Magallanes en su periplo por el sur del continente americano. Las estanterías de las librerías están repletas de gruesos volúmenes que rescatan las increíbles hazañas de aquellos barbudos exploradores británicos vestidos de safari y salacot, que fusil en mano contribuyeron a descifrar los últimos misterios del interior de África. En sus diarios y libros de viaje, hombres de la talla de David Livingstone o Richard Burton se olvidaron de mencionar que en sus fatigosas expediciones a través del continente africano no iban solos y en ocasiones era su propia esposa quien les cubría con su rifle las espaldas. Sólo Samuel Baker, todo un caballero inglés, reconoció públicamente que sin la ayuda de su abnegada y joven esposa Florence, que le acompañó en la búsqueda de las fuentes del Nilo, nunca hubiera llegado a las orillas del lago Alberto.

Lord Curzon, presidente de la Royal Geographical Society de Londres, proclamó en 1913 acerca de las mujeres exploradoras: “Su sexo y su formación las hacen ineptas para la exploración, y ese tipo de trotamundos femeninos al que América

recientemente nos ha acostumbrado es uno de los mayores horrores de este fin del siglo XIX”. La insigne y machista institución fue fundada en el año 1831, pero tuvieron que pasar más de cincuenta años hasta que una mujer pudiera ser uno de sus miembros. La primera en conseguir tal honor fue Isabella Bird en 1892, un año en el que la sociedad se mostró generosa hacia las exploradoras y quince mujeres pasaron a engrosar sus filas. Pero la oposición femenina fue tan feroz que volvieron a cerrar sus puertas hasta 1913, cuando se admitió a regañadientes, a otras incansables trotamundos que en el anonimato llevaban años recorriendo el planeta.

Las viajeras de antaño no contaron con el apoyo ni la financiación de las grandes sociedades geográficas de su tiempo, y quizás, debido a ello, algunas se convirtieron en magníficas escritoras. Aquellas pioneras, algunas vestidas con sus corsés, enaguas y la bañera de caucho a cuestas, podían viajar con absoluta libertad y sin límite de tiempo: sabían cuando abandonaban el hogar pero no la fecha de regreso porque no tenían que dar cuentas a nadie. Podían disfrutar a fondo de su viaje, convivir con las gentes, profundizar en sus culturas y deleitarse con un mundo nuevo para ellas. Los viajes de las grandes damas de la exploración como Mary Kingsley, Isabella Bird, May Sheldom y Osa Johnson –por citar algunas– no eran competiciones deportivas en busca de los últimos misterios del África negra, sino viajes de conocimiento; lo importante no era llegar al destino y contarlo al mundo, sino hacer el camino y aprender de la experiencia. El viaje como escuela de vida.

Autoras como Isabelle Eberhardt, enamorada del Sahara argelino, Freya Stark, profunda conocedora de Oriente Próximo, la africanista Mary Kingsley o la gran dama del Tíbet, Alexandra David-Néel, tienen en común esa sencillez –y a la vez profundidad– de la que hacia gala Egeria allá por el siglo IV. Sus li-

bros son relatos amenos, de gran calidad literaria, que describen los peligros a los que deben enfrentarse con humildad y gran sentido del humor, sin darse demasiada importancia, sin sacar pecho por la hazaña conquistada. Merece la pena sumergirse en la lectura de las obras de estas grandes escritoras de viajes cuyos nombres deberían figurar en toda biblioteca viajera que se precie junto a los clásicos del género. Y descubrir a través de sus páginas una mirada distinta y reveladora, como en su día lo fue para mí.

(*) *Autora de Viajeras intrépidas y aventureras y Las reinas de África.*



De izquierda a derecha y de arriba a abajo, Isabella Bird, Alexandra David-Néel, Mary Kingsley, Isabelle Eberhardt, Freya Stark, Ida Pfeiffer.

Dos amigos en la India

Pasolini y Moravia escribieron sus impresiones breves y en gran medida contradictorias sobre el país

VICENTE MOLINA FOIX

En el año 1961, Pier Paolo Pasolini y el matrimonio entonces formado por Alberto Moravia y Elsa Morante viajaron a la India. Fue un viaje largo y generalmente placentero, con muchos desplazamientos internos y un buen resultado literario: los dos hombres escribieron sus impresiones, breves y en gran medida contradictorias. En el libro de Pasolini, publicado póstumamente en 1990 con el título *L'odore dell'India* (hay traducción castellana, de Atilio Pentimalli, publicada en Península), Moravia y Morante aparecen a menudo como personajes, más que como compañeros de viaje, mientras que en el de Moravia, *Un'idea dell'India*, nunca son citados los acompañantes, aunque se incluye al final del breve libro la misma entrevista de Renzo Paris con Moravia que sirvió de apéndice a *El olor de la India*. En ese diálogo con el periodista, Moravia se expresa en mostrar las diferencias de mirada y concepto que los dos escritores tuvieron respecto al país asiático, subrayando su propio pragmatismo frente a la tendencia más fantasiosa del amigo Pier Paolo.

El libro de Pasolini, sin duda su mejor crónica viajera y –en mi opinión– uno de sus ensayos más percutientes y reveladores, empieza en un escenario que hoy ha cobrado trágica actualidad: el hotel Taj Mahal de Bombay, objeto de los mortíferos atentados del pasado mes de noviembre. Desde las primeras páginas vemos en Pasolini al gran escritor visionario, tan inspirado en sus excursos líricos como en sus viñetas descriptivas, de las que sería un buen ejemplo este encuentro, en uno de sus paseos por los suburbios de Bombay, con los moradores más estables y menos fanáticos de la India, la población vacuna: “pobres vacas cuya piel se había vuelto de barro, obscenamente flacas, algunas pequeñas como perros, devoradas por los ayunos, con la mirada eternamente atraída por objetos destinados a una eterna desilusión”. En Delhi, asistente con los Moravia a una recepción diplomática (los escritores fueron agasajados repetidamente, y Alberto tuvo un largo encuentro con Nehru, que recuenta en su libro), a Pasolini le llaman la atención dos prelados católicos, muy delgados y muy



Arriba, Pier Paolo Pasolini.
Abajo, Alberto Moravia.

GIOVANNI GIOVANETTI

cubiertos de fajas de seda y demás atavíos sagrados: “Debían de ser españoles: tenían el aire de los espadachines”.

Dos líneas de reflexión recorren el libro de Pasolini, dándole su singularidad y su pertinencia: el carácter risueño que ve en los indios, y la ‘bondad’, producto de un arraigado sentimiento religioso. Sobre el primero hace una distinción muy certera, al menos para mí, que sostengo desde hace más de quince años una relación de amor constante con aquel continente: “los indios nunca están alegres: sonríen a menudo, es

cierto, pero se trata de sonrisas de dulzura, no de alegría”. Esa dulzura la extiende el director de *Teorema* a las vivencias religiosas de los habitantes, sobre todo de los hindúes, en quienes detecta los benéficos efectos terrenales de una creencia sobrenatural que les hace efectivamente mejores personas, al contrario de lo que sucede en los países católicos occidentales, donde la práctica de la religión es un hábito familiar o un rito externo y no una vía de superación moral. Ante los musulmanes de la India, Pasolini, sin embargo, se siente receloso, desconfiado, viéndolos encorsetados por las certezas excesivas y el monocultivo de la identidad. Por desgracia, el tiempo transcurrido, más de cuarenta años, desde aquel viaje de los tres escritores italianos, ha endurecido certezas, sectarismos e identidades étnicas en todos los campos sociales, y no sólo, por supuesto, en la India.

Pasolini se va entusiasmando con las gentes y paisajes que conoce (“Aunque la India sea un enfermo de miseria, vivir en ella es maravilloso porque carece casi totalmente de vulgaridad”), si bien no deja de mostrar el pesimismo, digamos histórico, de sus últimos años de vida; como en el resto de los países subdesarrollados que había recorrido, el poeta y cineasta augura para la India los peligros de una ‘occidentalización’ mecánica y deteriorada que, efectivamente, se ve hoy en algunas de las capitales más limitada o superficialmente prósperas del país.

Esa amargura social de Pasolini constituyó, según la confesión de Moravia, un punto de fricción dialéctica durante el viaje; mientras el primero presagiaba, como ya hemos dicho, que el Tercer Mundo acabaría siendo desvirtuado por la revolución industrial y el rampante consumismo a imitación de Occidente, el segundo sostenía la opinión de que el Tercer Mundo como tal desaparecería por una inercia propia. Enfrentado a la visión bucólica de su querido Pier Paolo, sin duda teñida por la nostalgia de su propia infancia y adolescencia en la zona rural del Friuli, el más urbano Moravia afirma que “de la cultura campesina ya no se puede esperar nada bueno”, por lo que, añade, “es mejor poner punto final y llevar a cabo verdaderamente la revolución industrial”.



Ablución en el río Ganges.

GIOVANNI GIOVANETTI

La divergencia amistosa de los dos viajeros no afecta a lo que la lectura comparada de los dos libros de tema indio pone en evidencia: Moravia es un buen novelista, pero un escritor literariamente mucho más limitado que Pasolini. *Una idea de la India* se inicia con un falso diálogo entre dos interlocutores, en el que la voz que habla por Moravia acepta implícitamente la consideración del fundamento religioso que Pasolini defendía en *El olor de la India*, pero despojándola de las connotaciones positivas que aquel le daba. “La India es el país de la religión como situación existencial”, y a su vez, concluye el autor romano, “los indios son el pueblo más indiferente ante el sufrimiento de todos los que conozco en el mundo”. Hay que decir que esa indolencia se le debió contagiar a Moravia durante el viaje, pues su voluntad de narrador objetivo llega a ser despiadada en el episodio del mendigo que él mismo llama “el monstruo”: desfigurado por la enfermedad, sin frente, sin nariz y sin barbilla, a la vez que enmudecido, el escritor lo compara a una serpiente que sólo abre la boca para encontrar algo que comer o a alguien a quien morder.

Los viajeros visitan Kajurao, “la cosa más sublime que pueda contemplarse en la India” y “tal vez el único sitio que puede decirse verdaderamente bello en el sentido ‘occidental’ de la palabra”, dice Pasolini. Uno y otro dedica páginas a evocar la extraordinaria floración de templos de piedra esculpida enclavados en un reducido espacio campestre a las afueras de la antigua capital del poderoso reino de los Chandelas. Al acabar su recorrido, y todavía dentro del recinto donde se hallan los 25 templos cubiertos de atrevidas figuras amoratorias de ambos sexos, los escritores descubren a un santón que, completamente desnudo, hace sus tareas rituales en una cabaña mugrienta. Pasolini lo describe primero ‘estéticamente’, con una hermosa y agudísima precisión, y después lo juzga con severidad, pero sin desprecio, por la altivez sacerdotal que ve en tan despojado personaje. Moravia moraliza, por el contrario, y en el hecho de que el gurú viva ascéticamente a pocos pasos de las lujuriosas practicantes del Kama Sutra no advierte contradicción; según él, el frenesí erótico de las esculturas expresa la misma anulación de la persona humana que aquel chamán representaba a su modo sacro. Y concluye así *Una idea de la India*: “En ambos casos, el mundo humano, histórico, estaba vaciado de toda su importancia, de su significación, y reducido a la nada”. Su compañero de ruta Pasolini, menos sociológico, menos esquemático, más ingenuamente abierto a los enigmas de una tierra tan remota y distinta a la suya, captó en esa nada un recipiente lleno de contenido.

PAUL BOWLES, EL VIAJERO PERDIDO

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Guardo buena memoria de la primera vez que conocí a Paul Bowles, en los vetustos apartamentos Itesa de Tánger, en el verano de 1990. Yo frecuentaba mucho por entonces la ciudad, pero no me atreví a buscar a Bowles hasta que el gran tangerino Emilio Sanz de Soto, que lo conocía desde los años 40, y que sobre todo había sido íntimo de la desdichada y genial mujer de Paul, Jane Bowles, no me dio una cartita para él. Para ver a Bowles era necesario conven- cer a algunos de sus amigos y guardianes marroquíes que eran los que tutelaban su puerta. No había otro remedio que convencer a Mohamed Mrabet, el simpático narrador oral (*Amor por un puñado de pelos*) al que Bowles ayudó y tradujo. Ya entonces—volví, al menos, tres veces más a aquel apartamento— recuerdo, casi junto a la puerta, un montón de viejas maletas—algunas con sellos de antiguos hoteles o quizá trasatlánticos— arrumbadas y cubiertas de polvo... No, Paul Bowles, antaño gran viajero, ya no viajaba y nunca volvería a hacerlo, sino fue dos o tres años después para asistir en Madrid (en el teatro María Guerrero) a un homenaje, incluyendo un breve concierto de su música. Aquella primera vez, Bowles me confirmó que por supuesto él ya no viajaba. No sólo porque era viejo y estaba frágil de salud (me dijo) sino porque en el mundo actual el concepto de “viaje” ya no existía. Ahora la gente—añadió— se desplaza sin cesar de un lado a otro, de una manera vulgar y espantosa, pero lo que se dice “viajar”, no lo hacen. Sencillamente no se puede. Por eso se habrá fijado en las viejas maletas de la entrada, están ahí, qué sé yo, acaso como la imagen de un imposible...

Paul Bowles fue siempre un hombre ten-



Paul Bowles y su esposa Jane pusieron de moda la literatura de un existencialismo exótico. ARCHIVO EMILIO SANZ DE SOTO

tado por la lejanía, que puede confundirse con el exotismo, aunque no necesariamente coincidan. Empezó siendo músico (buen músico, discípulo de Virgil Thomson) pero como sus relaciones familiares no eran las deseadas en 1930 decidió comprar un billete de barco y largarse al París de la “Generación perdida”, aunque sus tiempos de mayor esplendor estuvieran terminando. Fue Gertrude Stein la que le aconsejó—viéndolo inquieto, imaginamos— viajar y visitar Tánger, adonde Bowles fue por vez primera en 1932 con Djuna Barnes. Hasta después de la 2ª Guerra Mundial, Paul Bowles fue sobre todo ese músico que no terminaba de encontrarse—pese a amigos como Cole Porter— y un poeta o prosista de textos breves que publicaba en revistas anglosajonas de París, como la célebre y vanguardista “*transtion*” (sic). Sí, de cuando en cuando regresaba a Nueva York, donde conoció a Jane. Ellos fueron (como decía Norman Mailer) la pareja que puso de moda la literatura “del rollo”, es decir, de esas insinuaciones perversas y sentidos oscuros, la literatura de un existencialismo exótico.

Después de haber vivido buena parte de los años 40 en México (sobre todo en Taxco) y en Guatemala; en 1948, los Bowles llega-

ron a aquel libérrimo Tánger golfo e internacional que sería su casa para siempre, y a cuya mitificación tanto contribuirían. Eran personas abismáticas (Jane murió en un psiquiátrico de Málaga en 1973) pero eso no les impedía gozar de las sensaciones de vértigo, riesgo y lejanía que llenan toda su literatura. Todavía en 1957, pasarían casi un año en una semidesierta isla cercana a Ceilán, Taprobane, donde Paul alquiló una casa sin agua ni aire acondicionado.

Rodeado de amigos especiales, desde Truman Capote a Tennessee Williams hasta la plana mayor de los “beat” (que fueron a Tánger porque lo consideraban el genitor de su escritura), la literatura de Bowles, que pasó por el éxito y un cierto olvido, hasta su eclosión final, es siempre la historia de seres desesperados que hallan en el viaje a lo diferente el correlato a su desasosiego. Así desde su primera novela de 1949, *El cielo protector* hasta el último relato largo, *Muy lejos de casa*, de 1992. Claro que Bowles—que recorrió el Sahara y todo el interior de Marruecos—recogiendo música del folklore local—también dejó testimonios de estos viajes más directos en libros de artículos como *Cabezas verdes, manos azules* (1963) perfecta expresión de la extrañeza positiva... Paul Bowles—delgado, fino, con vahos transgresores— amó el viaje interior y el exterior. Casi veinte años ante del fin de sus días, creyó que la globalización y el turismo de masa habían asesinado al viaje y al viajero. En su libro de poemas reunidos, *Próximo a la nada* (editado por Visor) hay un bello verso que resume bien a ese hombre raro, moderno e inquietante: “*Cuando existía la vida, dije que la vida estaba equivocada*”. Por ello viajar. Por ello dejar de hacerlo.

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL



Dentro del ámbito literario la **Fundación Banco Santander** contribuye a la recuperación de aquellos escritores contemporáneos en lengua española que, por diferentes causas, han permanecido durante años en el olvido.

Son autores imprescindibles de los que actualmente es casi imposible encontrar su obra publicada y que la **Colección Obra Fundamental** pone a disposición del estudioso y de los lectores de hoy.

Información y venta:

Fundación Banco Santander - Tel.: 91 781 51 58 - www.fundacionbancosantander.com (venta on line)

Distribuidora Antonio Machado - Tel.: 91 632 48 93 - www.machadolibros.com

www.fundacionbancosantander.com

Gastón Baquero
José García Nieto
José M^a Sánchez-Silva
Eugenio Noel
José Gutiérrez-Solana
Silverio Lanza
Nicasio Pajares
Antonio Espina
Poetas del Novecientos
Ramón de Basterra
Mercè Rodoreda
Samuel Ros
Antonio Marichalar
Alberto Insúa
Ramón Gaya
Mauricio Bacarisse
Contemporáneos
Enrique Díez-Canedo
Dionisio Ridruejo
Ernesto Giménez Caballero
Francisco Ayala
Rafael Dieste
José Díaz Fernández
Esteban Salazar Chapela
Benjamín Jarnés
Ernestina de Champourcin
José Bergamín
Valentín Andrés Álvarez
Juan Larrea

Otros autores en preparación:

Corpus Barga
Alfonso Reyes
Juan Chabás
Juan José Domenchina
Fernando Vela

FUNDACION

 Banco Santander



MÉXICO DIVINO

TEXTO Y DIBUJOS:
JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

El 29 de noviembre de 2006 viajé a México. Recorrí cerca de tres mil kilómetros en autobuses de todas las clases. No hice fotos. Sólo conservo el recuerdo y la libertad del viaje con apuntes y algunos dibujos. Desde que cogí el primer autobús de Guadalajara hasta Guanajuato tuve la sensación de que ninguna de las personas que había querido estaba muerta. A medida que pasaban los días esa sensación se fue haciendo cada vez más real. De pronto, me despertaba de un sobresalto en medio de la noche con la urgencia de llamar por teléfono a mis padres que no habían muerto.

Hacía seis meses que la hermosa ciudad de Oaxaca estaba tomada por la policía federal. Yo tenía previsto ir a Oaxaca. Luego bajaría hasta Chiapas y finalmente descansar en algún lugar de la costa. Una tarde que estaba en la solitaria playa de Chacana, mirando el horizonte y pensando en el pasado, se sentó a mi lado un hombre de mediana edad que se llamaba Pedro y me dijo: “El océano Pacífico no tiene memoria”.

Siempre me han atraído los volcanes y México era un volcán, Oaxaca era un volcán en erupción, igual que el Popocatepelt. Ahora me viene a la memoria aquella mañana que salí de Cuernavaca en dirección a Puebla y sólo subirme en el autobús oí en la radio que el volcán soltaba un humo amarillo

y que estaba en Fase Dos. Al cabo de un par de horas, me hallaba bajo el volcán. Aquel lugar era una novela. Un lugar del mundo en el que se daban la mano infierno y paraíso. México es violento y pacífico. Viajé solo y nunca he estado tan acompañado por los recuerdos, las voces del pasado, la compañía de los muertos. Los mexicanos me ampararon, me invitaron a tequila y mezcal en las barras de las cantinas de Cuernavaca, de San Cristóbal de las Casas, de San Juan Chamula. De Oaxaca, donde los cascos y las máscaras antigás se amontonaban delante de las tiendas de campaña de los soldados.

Las palabras de José Clemente Orozco que leí en el hospicio de Guadalajara me sirvieron de consuelo: “No importan las equi-



A la izquierda, Playa de Chacana.
A la derecha, billete de autobús y etiquetas de cerveza.
Abajo, boleto con las estaciones desde México hasta Chaviles.

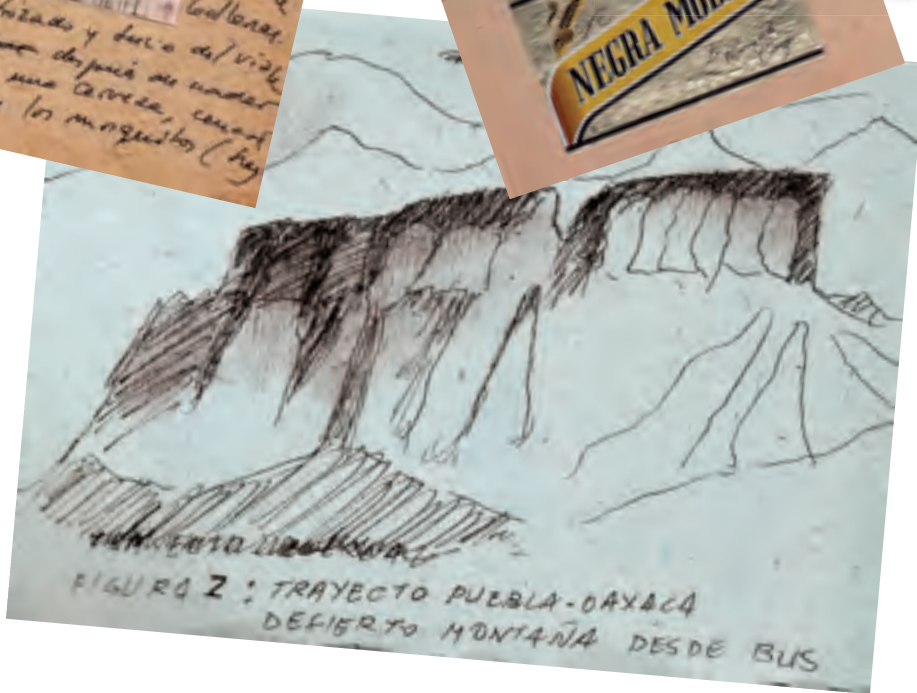


FIGURA 2: TRAYECTO PUEBLA-DAYACA
DESIERTO MONTAÑA DESDE BUS

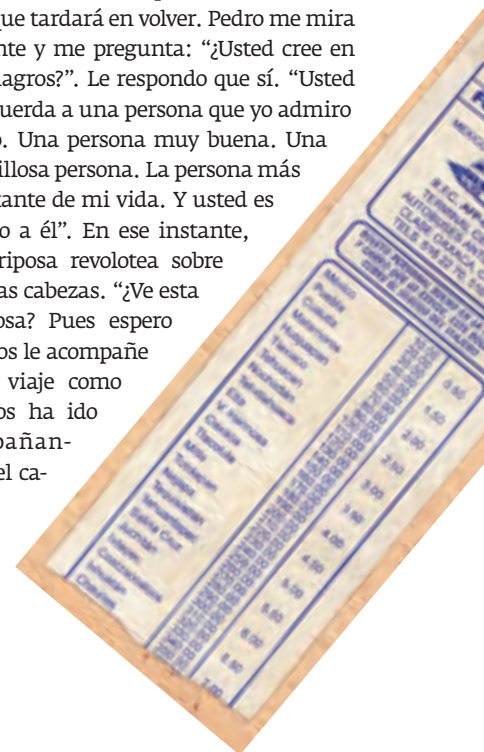
vocaciones. Lo que vale es el valor de pensar en voz alta, es decir las cosas tal como se sienten en el momento en que se dicen. Ser lo suficientemente temerario para proclamar lo que uno cree que es la verdad sin importarle las consecuencias". México no permite el silencio. Al subir a cualquiera de los autobuses que me trasladaron de una ciudad a otra, el compañero de asiento apenas esperaba a que se pusiera el motor en marcha para iniciar la conversación.

Viajé solo. Necesitaba estar a solas con el paisaje y convertirme en el hombre invisible que pasa inadvertido entre la gente. Un fantasma que va tras las huella de otros fantasmas. Estuve con Malcolm Lowry en Cuernavaca. Me emborraché de tequila en una cantina con modelos desnudas en las paredes y sin ninguna mujer en el local. Entonces ya había descubierto que no hace falta morir para estar absolutamente solo. Morir. La muerte estuvo siempre presente durante el viaje. Pensé que me iba a morir de frío en la tartana que me llevó desde Puerto Escondido hasta México D.F. Más de quince

horas en el asiento de aquel viejo autobús con agujeros en el cristal de la ventanilla y a cinco grados bajo cero. Pasé horas pellizcándome por todo el cuerpo y abrazándome con la fuerza que nunca había empleado con nadie. El autobús iba casi vacío. Los pasajeros llevaban chaquetones, bufandas y gorros de lana; yo era un guiri en camiseta. Amaneció y seguía vivo. Vi riadas de fieles que iban con estandartes y figuras de la patrona de México. Ese día se celebraba la festividad de la Virgen de Guadalupe. Le pedí que me salvara la vida, que no me dejara morir de hipotermia, que volvería a creer en Ella y a rezarla si sobrevivía. Esa noche se produjeron varias muertes en D.F.

Estoy en Málaga pero sigo con Pedro que en este momento me acompaña al embarcadero de Chacana. Acabo de dejar la cabaña donde he pasado una semana frente al Pacífico. Nunca olvidaré las cenas bajo la luz de la única bombilla que se divisaba en la extensa playa. Ahora Pedro me acompaña a través del frondoso camino que circunda la laguna. De pronto, grita: "¡Me pasé! ¡ba-

mos platicando y se me fue el lugar". Una mariposa de alas amarillas vuela a nuestro lado. Al fin llegamos al embarcadero. Unas niñas nos dicen que la barca acaba de irse y que tardará en volver. Pedro me mira sonriente y me pregunta: "¿Usted cree en los milagros?". Le respondo que sí. "Usted me recuerda a una persona que yo admiro mucho. Una persona muy buena. Una maravillosa persona. La persona más importante de mi vida. Y usted es igualito a él". En ese instante, la mariposa revolotea sobre nuestras cabezas. "¿Ve esta mariposa? Pues espero que Dios le acompañe en su viaje como ella nos ha ido acompañando en el camino".



CLARA USÓN

“La tarea del novelista es apuntar los conflictos, plantearse las preguntas”

Entrevista de **Guillermo Busutil** | Foto de **Xavi Torres**



26

MERCURIO MARZO 2009

Clara Usón, ganadora del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con su novela *Corazón de napalm*, nació en Barcelona en 1961. Con su primer libro, *Las noches de san Juan*, obtuvo el Premio Femenino Lumen 1998 y posteriormente ha publicado las novelas *Primer Vuelo*, *El viaje de las palabras* y *Perseguidoras*.

La novela es una historia sobre el complejo de Edipo, narrada como una tragedia griega contemporánea. ¿Por qué ha elegido este género para contar los conflictos que provoca la orfandad emocional?

No deja de asombrarme que, por más avances técnicos y científicos que incorporemos a nuestras vidas, aumentando nuestro bienestar, la naturaleza humana permanezca inalterada y los grandes conflictos que la aquejan: el odio, el deseo, la ambición, el resentimiento, el amor, el miedo a la muerte, sigan siendo los mismos que trataron las tragedias de Sófocles o Esquilo. El enigma del destino humano

continúa irresuelto. Mi novela, es, en gran parte, una trágica historia de amor entre un hijo y su madre, pero contada en el marco de una novela, un género impuro, en el que puedes mezclar drama y humor, acción y reflexión, como sucede en la vida misma; a mi juicio, es el género narrativo que mejor refleja las contradicciones de la naturaleza humana.

También es una historia que indaga en el perdón y el sacrificio.

Siempre me ha fascinado la idea de la culpa, cómo un acto que has cometido en un momento de irreflexión, de descuido o de furia, pero ha tenido consecuencias, ha dañado a otros, puede teñir para siempre de remordimiento una vida. Hay ocasiones en que no se puede reparar el mal causado, quizá por mera imprudencia, y arrepentirse de ello no sirve de nada. ¿Cómo seguir viviendo, entonces? Más cuando ese daño se infligió de joven o de niño. ¿Puede una persona asumir la cul-

pa ajena, como se asume una deuda económica? ¿Sirve de algo ese sacrificio? Son preguntas sin respuesta, me temo, pero esa es la tarea del novelista: apuntar los conflictos, plantearse las preguntas.

La pérdida de la familia, como una expulsión del paraíso sobre lo que tanto escribió John Cheever, presente en la primera parte de la novela ¿es un homenaje al maestro del relato norteamericano?

Cheever es un escritor que me interesa mucho, uno de los mejores cuentistas del siglo XX. Hay un verso del poeta inglés Philip Larkin que dice: *They fuck you up your mum and dad*, que, en traducción libre, vendría a significar algo así como: *Te joden la vida papá y mamá*, y no hace falta haber leído a Freud para saber que es verdad; quieras o no, tus relaciones familiares condicionan tu existencia y tus elecciones en la vida, bien porque estás arropado por un protector entorno familiar, bien porque estás más solo que la una,

como Fede, el adolescente que protagoniza *Corazón de Napalm*. En ese sentido, coincide con el dictamen de Cheever de que la familia es el gran asunto de la narrativa.

***Corazón de napalm* comienza con el amargo final de fiesta del desenfreno de los ochenta. ¿Cree que aquella década fue un revival de los locos años veinte?**

Desde luego, puede detectarse un paralelismo entre los locos años veinte y los desquiciados ochenta, aunque los que éramos jóvenes en esa última época no lo pensábamos. El pasado no nos interesaba, el futuro, tampoco porque nos daba vértigo. Estábamos inmersos en el presente. Vivíamos para la fiesta y toda fiesta conlleva su resaca. Inevitablemente, acabamos pagando los platos rotos. Son bastantes los amigos que he visto morir de sida, accidentes o sobredosis. Entonces, en pleno jolgorio, parecía que íbamos a ser para siempre jóvenes, que la fiesta no se iba a terminar nunca. Ahora, veintipico años después, vuelvo la mirada atrás, recuerdo aquella época y procuro plasmarla, con sus luces y sus sombras, sin nostalgia pero también sin rencor ni moralina.

Usted contrapone esa época a otra marcada por la falsificación, la vanidad, la ambición... ¿Cree que el tiempo actual es otra forma de aquel hedonismo?

Lo cierto es que, mientras escribía la novela y reflexionaba sobre aquellos tiempos, empecé a advertir bastantes similitudes entre los tóxicos años ochenta y el desenfreno especulativo de la última década. La misma falta de medida, de previsión de las consecuencias; la adicción a las drogas y al alcohol que imperaba en los 80 fue sustituida por la obsesión por el dinero, la fiebre del lujo y el despilfarro. Si nos paramos a pensar, casi todos hemos vivido por encima de nuestras posibilidades en los últimos años. Pero parece que ahora también se ha acabado esa fiesta del dinero inagotable y nos despertamos con resaca y lo peor de todo, no sabemos cómo vamos a pagar los platos rotos. Es curiosa la forma en que se repite la historia y cómo volvemos a cometer una y otra vez los mismos errores, y así enlazamos con lo que decía al inicio: la forma de vestir, los aparatos que empleamos, la velocidad de nuestros desplazamientos, cambian, pero el corazón humano y sus conflictos siguen igual que en los tiempos de Sófocles.

La influencia más evidente y admitida por usted en sus libros es la de Chejov y su manera de desnudar a los personajes sin juzgarlos.

Es algo que admiro mucho en Chéjov. En una carta a un amigo que le reprochaba precisamente eso, su falta de juicio moral, escribió: Yo describo a los ladrones de caballos tal como son, no juzgo si robar caballos está bien o mal. Y tiene razón: juzgar o moralizar es tarea de jueces y de sacerdotes, no de escritores. Todo juicio moral no deja de ser una simplificación. Nadie es del todo bueno o del todo malo. En verdad, no sabemos cómo somos, hasta que no nos ponen a prueba las circunstancias, y entonces, a menudo nos llevamos sorpresas.

El famoso espejo de Stendhal –reflejar las acciones de la naturaleza humana y de la sociedad– ¿sería en su novela un espejo empañado, un espejo que oculta el lado oscuro de cada personaje?

Es una buena metáfora. No somos de una pieza, buenos o malos, deshonestos o íntegros, si no infinitamente más complejos. De hecho, reaccionamos de una u otra manera dependiendo de algo tan nimio como nuestro humor o lo bien o mal que hayamos dormido. A veces, actuamos bien, de cara a la galería, por pura cobardía y, a la inversa, delinquimos por generosidad, como en el caso de Fede. Sólo los bebés y los que no son conscientes de sus actos carecen de sombra en la conciencia, de la mancha que oscurece su reflejo en el espejo, aunque para vivir nos convenga olvidarnos de ello o minimizar su importancia, porque siempre estamos dispuestos a perdonar nuestros propios yerros; no los de los demás, por cierto.

En el caso de Marta, la pintora copista, usted lleva a cabo una crítica al mercado del arte: la falsificación, el vampirismo creativo, las instalaciones. ¿Tan mal ve el arte contemporáneo?

No me gusta generalizar. Hay cosas que están muy bien del arte contemporáneo, pero en la última década hemos asistido a un fenómeno singular: la absoluta mercantilización del mundo del arte. Una obra de arte es buena en la medida en que es cara: el dinero es la medida de todo. ¿Por qué un tiburón muerto conservado en formol vale 6 millones de euros? ¿Quién decide ese precio? El mercado, por supuesto. Y en ese sentido, en la década precedente se ha especulado en arte, hinchando valores de forma artificial, de la misma manera que se ha hecho con los inmuebles o las acciones de la bolsa. Y no hace falta mencionar que ahora estamos pagando las consecuencias de esa locura especulativa.

Edipo punk

GUILLERMO BUSUTIL

Cada uno es el producto de su pasado emocional y el resultado del conflicto interior entre los miedos, las ambiciones y los secretos que se ocultan. Esto es lo que se desprende de la historia que Clara Usón trenza en *Corazón de napalm*. Una frase musical del cantante de los ochenta Sid Vicious que representa la banda sonora del desarraigo de un adolescente, marcado por la resaca toxicómana de la madre que se ve obligada a abandonarlo.

El chico vive con el lema del caos, la destrucción y la velocidad, decidido a recuperar el amor de la madre a toda costa. Esa historia edípica se entrelaza con la de una pintora que mejora los originales que copia y cuya vida transcurre entre las contradicciones de su oficio y de su relación emocional. Ambos argumentos, contrapuestos en el tiempo, son tratados con ternura, con humor y especialmente con el dominio de la mirada chejoviana con la que Clara Usón presenta la desnudez de sus personajes, dejándolos actuar frente a la cámara objetivista de la narración. En el perfecto desarrollo de estas dos tramas, el peso lo llevan los personajes femeninos, dotados de mayor profundidad psicológica y humanidad. De hecho, para Usón, sus mujeres no son comparsas del hombre, ni tampoco víctimas; ellas son el latido vital de las contradicciones y de la difícil toma de conciencia frente a temas tan aristados como la generosidad del amor, el sacrificio, la culpa, el perdón, el sexo, la vanidad y la posibilidad de superar el destino. Ese destino de la tragedia griega que subyace en esta novela donde el pasado se proyecta, se desvela y resuelve, en un excelente y sorpresivo final que demuestra, como se dice en un pasaje de la narración, que los buenos cuadros reflejan la mirada de sus autores. Esos cuadros, al igual que esta novela, son los que tienen vida.



PIRATAS Y GALÁPAGOS

LUIS ALBERTO DE CUENCA

En 1535, un grupo de españoles pisó por primera vez unas islas al este del Océano Pacífico, a 900 kilómetros de la costa americana y a la altura del Ecuador. Asombrados ante su constitución volcánica, su extraña y arcaica fauna (que hizo que se las conociera más tarde como islas de los Galápagos o islas Galápagos a secas) y sus alucinantes paisajes, las llamaron Encantadas. Pero los visitantes españoles las abandonaron muy pronto, y aquellas islas se convirtieron en escondrijo favorito de piratas, que les dieron nombres ingleses y las enriquecieron con toda una sugestiva y variopinta mitología aventurera.

El norteamericano Herman Melville (1819-1891) recorrió de joven los mares del sur a bordo de un ballenero, lo que le procuró el conocimiento y experiencia necesarios para escribir *Moby Dick* (Nueva York, Harper & Brothers, 1851), una de las novelas más hermosas de las letras universales. Fue su coetáneo Nathaniel Hawthorne, otro narrador memorable, quien lo inició en la literatura. En 1856, Melville dio a las prensas *The Piazza Tales* (Nueva York, Dix & Edwards), un conjunto de relatos previamente publicados, salvo el inédito "The Piazza", en *Putnam's Monthly Magazine*. Esa estupenda compilación alberga joyas literarias como el prekafkiano *Bartleby the Scrivener* (ya saben el tipo que repetía obsesivamente "preferiría no hacerlo"), el espléndido *Benito Cereno* y los diez breves textos que componen *The Encantadas*, una pequeña obra maestra en la que se



Herman Melville.



Las Encantadas

Herman Melville

Berenice

16 euros

168 páginas

juntan tres magias: la del cuento, la del diario de viaje y la del poema en prosa, constituyendo uno de los momentos creativos más felices de su autor.

Precede a cada prosa una breve composición en verso. Se sabe que la mayoría de esas citas en verso proceden de una suerte de refundición y, a veces, contaminación de pasajes de *La reina de las hadas* (*The Faerie Queene*), el célebre poema épico-alegórico de Sir Edmund Spenser publicado originalmente en tres libros (1590) y luego en seis (1596). Los exordios poéticos subrayan el carácter de obra lírica *sui generis* que ofrece *Las Encantadas* y el trasfondo simbólico de la obra. El desolado espacio natural de las islas Galápagos se adaptaba perfectamente a la imaginación de Melville, a su cosmovisión nihilista e iró-

nica. La descripción octava, titulada "La isla de Norfolk y la viuda chola", es, acaso, la que presenta un desarrollo más narrativo, deteniéndose en una especie de Robinson Crusoe femenino, la chola Hunilla, quien, abandonada en una isla desierta, aguarda en vano durante largos años la llegada de un buque salvador. La novena, "La isla de Hood y el ermitaño Oberlus", también está protagonizada por un ser humano, el repelente Oberlus, digno de figurar en las logias borgianas de la *Historia universal de la infamia* (por lo menos). No tiene desperdicio tampoco la descripción séptima, "La isla de Charles y el rey de los perros", pero no quiero seguir eligiendo, porque se trata tan sólo de un centenar largo de páginas y todas ellas son deliciosas.

El genial polígrafo mallorquín Cristóbal Serra (Palma, 1922) fue quien me descubrió *Las Encantadas* en la magnífica traducción que hizo de las diez prosas melvilleanas en 1970 (Barcelona, Seix Barral, "Biblioteca Breve de Bolsillo", con cubierta de Ángel Jové). Reproduje esa modélica versión como volumen quinto de mi colección "La cabeza de Medusa" (Barcelona, Mondadori, 1992, con cubierta del inolvidable Daniel Gil). Ahora, merced a esta nueva edición auspiciada por Berenice, *Las Encantadas* vuelve a los escaparates de las librerías españolas. Hay que agradecerse al joven cordobés David Cruz Acevedo, pues él es el responsable de la traducción castellana, de una sabrosa introducción y de una siempre útil bibliografía.

LA MUERTE QUE JUSTIFICA LA VIDA

TOMÁS VAL

En la última novela de José Saramago, titulada *El viaje del elefante*, hay un personaje que, de pronto, se encuentra perdido en la niebla, en un lugar cercano a la frontera luso-española. Extraño animal es este bicho hombre –Saramago dixit– que es capaz de quedarse dormido en ese océano de bruma y entregarse así a una muerte casi cierta por congelación o por el ataque de lobos próximos. Lo que salva a nuestro inconsciente durmiente es el sonido atronador de un barrito, el *rugido* del elefante que le despierta y le conduce hasta el campamento cercano.

El elefante que barrita es Salomón y el hombre próximo a la muerte bien podría ser Saramago, muy gravemente enfermo durante el periodo de escritura de ésta su última novela. Novelistas hubo que creyeron que mientras escribieran seguirían vivos.

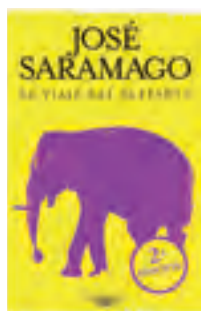
La crónica de *El viaje del Elefante* comienza en Lisboa, cuando el rey Juan III tiene la idea de ofrecer a su primo Maximiliano de Austria, yerno del emperador Carlos V, un regalo muy especial: un elefante, Salomón, que llegó de la India hace más de dos años. Maximiliano se encuentra en Valladolid y hasta esa ciudad castellana han de trasladar a Salomón para que, con su nuevo amo, continúe viaje hasta Viena atravesando un crudo invierno europeo.

El cuento, en sí mismo, parece sencillo, pero Saramago consigue alcanzar esa peculiaridad que poseen los clásicos: enmascarar lo complejo



José Saramago.

RICARDO MARTÍN



El viaje del elefante

José Saramago

Alfaguara

18,50 euros

280 páginas

bajo los ropajes de lo sencillo. Es cosa que causa asombro, en el siglo XVI, época en la que transcurre el relato basado en una anécdota histórica, la contemplación de un elefante y así nos encontramos a los emperadores, a los soldados, a los labriegos y a todos los que habitaban aquel mundo pequeño, mirar con la boca abierta el tránsito del exótico animal por los caminos de Europa.

Como siempre –Saramago en todas sus obras reivindica la presencia del escritor; el lector ha de saber que es José Saramago quien cuenta la historia y que esa circunstancia no es inocua, que las cosas varían dependiendo de quién las mire– nos encontramos con las reflexiones típicas del portugués, con sus idas y venidas por el tiempo, con sus obsesiones y reflexiones, con sus peculiaridades sintácticas... El viejo mundo mira pasar a un elefante, ese animal tan distinto de los bueyes y los asnos,

los perros y los lobos con los que están familiarizados, y llega a pensar que tan extraordinaria presencia es cosa del destino. Y unos –como al destino– le piden milagros, otros le arrojan agua bendita para exorcizarlo; otros ven en él la oportunidad de crecer profesionalmente... Nadie se mantiene impasible ante el fenómeno.

Pero también, y principalmente, es el elefante el que mira este mundo tan alejado del de la India. A través de Subhro, el cornaca, el conductor que viaja encaramado en su lomo, Saramago nos ofrece el punto de vista del animal y logra un personaje inolvidable que pasará a engrosar el padrón de nuestro universo literario.

Ironía, ternura, crítica social, buena literatura, grandes dosis de humor son los elementos de este viaje que lleva a un elefante de Lisboa a Viena a través de páramos y de montañas nevadas. Salomón morirá dos años después y sus patas se convertirán en paragüeros a la entrada de un palacio. Sostiene Saramago que es la muerte lo que justifica las vidas; el final del paquidermo es la metáfora del cuento. El autor, en la dedicatoria del libro, afirma que fue Pilar del Río, la traductora y la mujer del portugués, quien no le dejó morir. Fue bueno que Saramago superara la enfermedad y nos entregara esta novela, tan buena como las mejores que ha escrito.

SARAMAGO CONSIGUE EN ESTA HISTORIA ALCANZAR ESA PECULIARIDAD QUE POSEEN LOS CLÁSICOS: CONVERTIR LO COMPLEJO EN SENCILLO



CÓRDOBA 2016
Capital Europea de la Cultura
CIUDAD CANDIDATA



POETAS DEL MUNDO EN CÓRDOBA

cosmopoética



CINE | TEATRO | TALLERES | LECTURAS
CONCIERTOS | EXPOSICIONES | CONFERENCIAS
Y, SOBRE TODO... **MUCHA POESÍA**

CÓRDOBA | **MARZO/ABRIL DE 2009**



VITICORSA

PRO-CÓRDOBA



info@cosmopoetica.es

www.cosmopoetica.es

CRÓNICA DE AQUEL DÍA DE MARZO

SANTOS SANZ VILLANUEVA

Entre la trivial novela de consumo que predomina en el momento presente se van haciendo su hueco algunos relatos con ambiciones serias. Varios narradores de última hora, quizás como respuesta a un sentimiento extendido de que vivimos una época de crisis, van desgranando observaciones sobre los registros morales de nuestro tiempo. Ahí está Isaac Rosa con su testimonio del miedo contemporáneo, o, en curiosa proximidad temática y casi intencional, la crónica de las variedades del terror que acompañan a la existencia cotidiana que presentaba hace poco Ricardo Menéndez Salmón en *Derrumbe* (2008).

El nuevo libro de este ya respetado autor asturiano, *El corrector*, viene a ser una ampliación o apéndice del planteamiento muy abstracto del anterior, pues retoma idéntico asunto, el terror, y lo sitúa en un contexto concretísimo, el 11 de marzo de 2004, fecha del salvaje atentado contra los ferrocarriles madrileños. El protagonista, Vladimir, escritor que abandonó su vocación y trabaja, según señala el título, como corrector de textos, relata su desasosegante vivencia de aquel día. El dolor y el espanto acumulados a lo largo de la jornada van surgiendo a través de unas pocas conversaciones (con un amigo, con el editor del libro de Dostoievski que anda revisando, con los padres y con su mujer) y de sus propias reflexiones y evocaciones suscitadas por el criminal suceso.



Ricardo Menéndez Salmón.

DANIEL MORDZINSKI



El corrector

Ricardo Menéndez Salmón

Seix Barral
17,50 euros
144 páginas

Esa dura experiencia no la pone Vladimir por escrito de forma gratuita sino con plena conciencia de hacer su “crónica de aquel día de marzo” y sacar de ella consecuencias generales. Por ello el testimonio adopta un pertinente enfoque analítico que se aproxima con frecuencia a lo discursivo y ensayístico (bien apoyado con cláusulas oratorias, con énfasis retórico o con anáforas), sin que esta modalidad comunicativa ignore tampoco el registro emocional requerido por la circunstancia y que se ve en la vehemencia reflejada ocasionalmente por la expresión vulgar (“¿De qué cojones se pueden reír” esos “grandísimos hijos de puta?”).

Un discurso, pues, complejo para trascender lo anecdótico a categoría universal. A este efecto, diseña Menéndez

Salmón de entrada una imagen creativa: la vida es frágil, inestable y sobre lo inefable de la existencia pendien dolores y errores, erratas, diríamos, que obligan a hacer correcciones; en cierta manera, somos correctores del texto deturpado de la existencia. Esta buena metáfora sirve para acoger el mensaje de la novela, que viene a ser una guía para salvarse del mundo implacable. El amor es la gran triaca contra la hostil realidad (“tenemos que amarnos desesperadamente”; todo negocio puede ser aplazado, “salvo el amor”, sostiene el corrector); la pareja, la familia, la amistad son asideros para ponerse a resguardo de la mentira, del lenguaje tramposo, de los políticos. Este planteamiento general no obsta para que la novela agregue un alegato específico contra la actuación del gobierno en aquella horrible fecha, de modo que tiene un alcance político preciso porque solo constata una parte de los errores y desvergonzadas manipulaciones y silencia otros.

El corrector confirma a Menéndez Salmón como un autor a quien merece la pena leer. Tiene planteamientos formales propios y una clara voluntad literaria, aunque en esta ocasión su prosa caiga en descuidos (un chirriante “nos hallamos extinguido”). Y, sobre todo, es un escritor con inquietudes morales capaz de estimular la reflexión del lector, desasosegarle y llevar a su ánimo preguntas esenciales.

UN HOMBRE QUE SE APAGA

ANTONIO OREJUDO

No soy buen lector de cuentos como no soy buen espectador de maratones. En atletismo me gustan las distancias cortas, pero en literatura prefiero el largo recorrido. Y tampoco siento mucha simpatía por Arthur Miller, ese progresista que abandonó a un hijo con Síndrome de Down. El niño afeaba esa imagen que él supo cultivar como nadie a base de intelectualidad socialdemócrata y gotitas de 'star-system'. Así que reconozco haber leído *Presencia* a la contra, buscando en este

puñado de relatos argumentos que fundamentaran mi antipatía por el autor. Pero no los he encontrado, lo digo de entrada. Todo lo contrario. La ficción ha vuel-

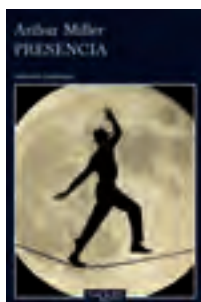
LA LECTURA DE ESTOS CUENTOS SOBRIOS, CASI MINIMALISTAS, TRANSMITEN EL ADIÓS MELANCÓLICO DE MILLER

to a vencer a la realidad, y la lectura de estos cuentos sobrios, casi minimalistas, ha conseguido hacerme olvidar a la persona que los escribió.

Presencia se compone de seis relatos, tal vez los últimos que Miller escribió. El libro da la impresión de ser un sumario, un adiós melancólico a los temas, recuerdos y asuntos que todavía preocupan a un hombre que se apaga. Pese a que se trata de una recopilación de relatos publicados en diferentes lugares, *Presencia* no es un surtido, sino un volumen con una extraña unidad. Y no sólo con unidad. También con estructura, casi con argumento. La colocación de



Arthur Miller.



Cuentos

Arthur Miller

Tusquets

17 euros

208 páginas

los relatos es sutilmente cronológica: desde el despertar sexual de un adolescente en el Nueva York de los años 30 a una onírica imagen de la desaparición final, pasando por piezas protagonizadas por hombres, siempre hombres, con una edad aproximada a la del último Miller.

'Bulldog' el primero, es un pequeño relato de iniciación. Un adolescente acude a una casa para comprar un cachorro, y lo que va a ser una simple transacción se convierte en una peculiar iniciación sexual. Le sigue 'La función', la historia de un bailarín de claqué que le cuenta al narrador-periodista la función que tuvo que dar ante Hitler, y que nos es 're-contada'.

El tercer cuento, 'Castores', es el que menos relación tiene con la colección, pero sirve de cesura a los tres restantes. 'El manuscrito desnudo' nos habla del ocaso del escritor y del sexo como motor de creación,

aprovechando la ocurrencia de un Clement -trasunto de Miller- para acabar con su bloqueo creativo: escribir sobre el cuerpo desnudo de una joven, a la que Clement contrata mediante un anuncio de prensa. Una delicatessen para fetichistas.

'La destilería de trementina' trata abiertamente de la presencia de las personas que se han ido y de la presencia del pasado en el presente. Levin, un anciano que visitó Haití con su mujer, regresa a la isla tras la muerte de aquella. Lo hace en busca de otra presencia, la de Douglas, un estadounidense que lo dejó todo para montar una destilería de trementina que generara puestos de trabajo y ayudara a levantar la región. Un relato sobre el compromiso social, sobre el entusiasmo de una idea, sobre el anhelo de hacer cosas que perduren, y en definitiva sobre la esperanza.

En último cuento da título al volumen. 'Presencia' es un extraño relato que se desarrolla en una atmósfera onírica, sutil alegoría la muerte. Paseando por la playa, el narrador sorprende a dos amantes. A la vuelta la mujer lo está esperando, y tras una breve conversación con ella, ambos se bañan juntos en el mar, se abrazan y salen. El narrador se tumba para secarse al sol y cuando se levanta, la mujer ya no está. Antes estaba y ahora ya no. La presencia de la mujer permanece, pero su cuerpo ha desaparecido. Un relato corto como la vida. Un relato sencillo y misterioso como la muerte.

FANTASMAS DEL PARNASO

EUGENIO FUENTES

Tres personajes surcan los arenales sin fin que se extienden por el sur de los Estados Unidos y el norte de México: una estadounidense, una mexicana y un enjuto florentino de ojos apagados. Erguidos en la trasera, abierta al sol y el viento, de un “pick-up”, los tres viajeros se dirigen al Distrito Federal en una misión exploratoria que han iniciado en Nueva York a lomos de ratas gigantes. El florentino es Dante Alighieri, miembro, como casi todos los escritores difuntos, de El Parnaso, una fantástica sociedad establecida en el siglo XIX que cada año se reúne en Congreso. Su objetivo, y el de sus dos acompañantes, es determinar si el DF ofrece condiciones para albergar el cónclave de 2006.

Carmen Boulosa (Ciudad de México, 1954) consiguió el Premio de Novela Café Gijón por *El complot de los Románticos*, una entretenida narración, plena de guiños a la tradición literaria y a las querellas de escritores, que estos días comparece en las librerías. Boulosa, poeta, dramaturga y novelista, añade con *El complot de los Románticos* un nuevo panel a la ya larga trayectoria narrativa que inició en la década de 1980 con incursiones en los territorios de su infancia. Su escritura derivó más tarde hacia un registro violento y descarnado, vehículo de obras sobre la Conquista y, en los últimos años, ha dado un cierto quiebro hacia el universo de lo fantástico. De hecho, su última novela está colocada,



Carmen Boulosa.



El complot de los Románticos

Carmen Boulosa

Siruela
17,75 euros
272 páginas

entre otras, bajo la advocación de Arthur Machen.

El complot de los Románticos tiene, por supuesto, como protagonista a la plana mayor de la tradición literaria occidental y a algún exótico invitado. Reunir en un mismo espacio a Ovidio, en disputa con Horacio sobre Augusto, a la grey latinoamericana, a los románticos, a Céline, Kafka, Celan y a cuantos escritores, con o sin whisky, pueda imaginar el lector es una tentación y una apuesta arriesgada de la que Boulosa, que tiene bien aprendidas las lecciones de *La Divina Comedia*, sale razonablemente airosa. No acaba, sin embargo, ahí la cosa; junto a ellos, tres ciudades se erigen en coprotagonistas: una Nueva York cosmopolita plagada de solitarios “gringos” provincianos, un México DF con la violencia extrema esbozada como telón de fondo y un Madrid alegre cuya atmósfera permisiva desliza a no pocos fantasmas por el to-

bogán de la transgresión: Mishima reproduce su suicidio, para pasmo de viandantes, en plena Puerta del Sol.

Para dar forma a este ingente magma, Boulosa ha ideado un juego metaliterario en el que el personaje narrador, narradora para ser precisos, le disputa la conducción de la historia a la autora, a la que se enfrenta, critica e insulta a riesgo de ser destituida de sus funciones. Esta pelea entre mujeres enlaza con una vindicación feminista que, a la larga, acaba siendo el oculto motor de la novela y el desencadenante

de la revuelta que le da título. No en vano, los congresos de El Parnaso han sido boicoteados desde sus inicios por las figuras señeras de la literatura castellana. Nunca se ha visto en esas reuniones a Cervantes, Quevedo, Lope, Góngora o Garcilaso. ¿Comple-

jo de superioridad? En modo alguno. Tan grandes plumas, simplemente, protestan de ese modo por la exclusión de autoras como la extraordinaria pintora Sofonisba Anguissola, a la que se atribuyen textos secretos, o la muy reconocida María de Zayas. Un arranque solidario difícil de imaginar en tan egregios varones. Una juguetona venganza de Boulosa en la estela de Moctezuma.

UNA ENTRETENIDA NARRACIÓN, PLENA DE GUIÑOS A LA TRADICIÓN LITERARIA Y A LAS QUERELLAS DE ESCRITORES, CON EL TELÓN DE FONDO DE LA VIOLENCIA EXTREMA DE MÉXICO DF

EL GUARDIÁN DE LA LUZ

JESÚS MARTÍNEZ GÓMEZ

A Roberto Calasso (Florencia, 1941) hay dos cosas que no pueden imputársele: haber sucumbido al conformismo uniformador de un tiempo poco dado al riesgo y a la aventura intelectual, o dejarse llevar por la monótona ortodoxia que abriga de los vientos más tempestuosos, aquéllos que dictan el pulso literario de un país, una época o un autor. Y es que desde su entrada, apenas veintiún años, en la prestigiosa editorial Adelphi, que hoy preside, o desde que iniciara su andadura literaria con *El loco impuro* (1974), Calasso se ha caracterizado por una serena osadía que le ha hecho afrontar el ejercicio literario como serio divertimento sin más compromiso frente a la tradición que la propia libertad creadora, convirtiéndose por ello en uno de los autores más brillantes, inusuales y emprendedores de la literatura italiana contemporánea.

Partidario de lo que él denomina *literatura absoluta* y poseedor de una cultura enciclopédica, Calasso ha ido tejiendo una trayectoria jalonada por piezas muy diversas y difíciles de clasificar, en la que, junto a algunos libros de ensayos, destacan cuatro obras: *La ruina de Kasch* (1983), *Las bodas de Cadmo y Harmonia* (1988), *Ka* (1996) y *K* (2002), fundamentales para entender una propuesta, la suya, tan ambiciosa como heterodoxa. En ellas reflexiona con audacia y sabiduría sobre el origen y ejercicio del poder, la importancia del elemento mitológico en culturas y civi-



Roberto Calasso.

MARIA TERESA SLANZI



El rosa Tiepolo

Roberto Calasso

Anagrama

19 euros

312 páginas

lizaciones como la griega o la hindú, la influencia y presencia de estos bastiones culturales en el mundo del arte y la literatura a lo largo del tiempo, o incluso sobre referentes literarios como el propio Kafka. Son obras en las que se mezclan la narración, los aforismos, el ensayo, el análisis crítico, la observación pseudofilosófica o un historicismo riguroso y desahogado.

No es extraño, pues, que *El rosa Tiepolo* (2009) sea la cima de un entramado de compleja y novedosa arquitectura en la que el pintor italiano le sirve de inexcusable referencia para transitar por los más variados corredores del arte, el pensamiento, los mitos, la religiosidad y la literatura de todas las épocas. Calasso revisará, describirá, troceará, exprimirá y servirá –con inigualable guarnición intelectual– la obra del genial pintor barroco veneciano que más y mejor iluminó el s. XVIII,

y al que considera como “el último soplo de felicidad en Europa”.

Así, partiendo de piezas muy conocidas, de algunos óleos y muchos de los frescos que enriquecen los palacios de Udine, Labia, Würzburg o los del Palacio Real de Madrid, pero muy en especial de los Caprichos y los veintitrés aguafuertes que conforman los Scherzi, Calasso nos adentra en el alma y en los sueños del artista, en sus filias y fobias, en las dificultades a las que tuvo que hacer frente, nos acerca a los protagonistas de las piezas, su intrahistoria, el sentido religioso o pagano que las impregna, nos informa de la idolatría del veneciano por la luz, de su capacidad para alcanzar sin esfuerzo aparente el arte verdadero. Todo aderezado con su desbordante erudición y la presencia de algunas escogidas referencias sobre Tiepolo que informan la obra de aquellos literatos como Baudelaire, Proust o Twain, que han hecho posible, según Calasso, que la palabra literatura signifique hoy otra cosa más diversa y menos definible que la literatura precedente.

En definitiva, un libro concebido por y para la exaltación de los sentidos y el gozo del intelecto que, con una prosa rica en imágenes y fácil en su disposición, se ofrece desafiante a los ojos del espectador. Quizá así cobre sentido la afirmación de Goethe, recogida por Calasso ante el Scherzo 14, al afirmar: “Pensar es más interesante que saber, pero no que mirar”. Más que un simple libro, una deliciosa exquisitez.

MUERTOS S.A.

PEDRO M. DOMENE

Durante la década de los ochenta una amplia relación de títulos relataba una ficción histórica que planteaba cuestiones muy generales, aunque apoyada en una sólida base culturalista, sobreentendida como esa actitud evasiva respecto a ciertos problemas de actualidad más acuciantes. Los nombres de Graves, Yourcenar o Eco, pesaban en nuestros narradores y, el mejor ejemplo de buena literatura, era un hoy casi olvidado Jesús Fernández Santos que se decantaba por el empleo de tan variados como alejados marcos temporales en su narrativa, pero de referencia inequívoca en la actualidad. Lo mismo podríamos afirmar de Carlos Pujol (Barcelona, 1936), quien, desde sus inicios, mueve sus personajes por escenarios pretéritos aunque en muchas de sus obras sus historias se “superponen parcialmente”, con ciertos rasgos comunes de mayor amplitud, casos de *La sombra del tiempo* (1981), *Un viaje a España* (1983) y *El lugar del aire* (1984). En las novelas de Pujol conviven personajes reales, inventados y, por supuesto, parodiados: la revolución francesa, la guerra carlista o algunos de los protagonistas de Proust, pueblan las páginas de las novelas citadas; como en *La noche más lejana* (1986) y *Jardín inglés* (1987). El narrador catalán, reconstruye y fabula, proyecta de forma trascendente el pasado sobre el lector y aprovecha la distancia temporal para ejercitarse en el estilo, y solo así habrá que entender el



Carlos Pujol.



Antes del invierno

Carlos Pujol

Menos Cuarto

15 euros

200 páginas

resto de su producción, *Cada vez que decimos adiós* (1999) o *Los días frágiles* (2003). Queda, incluso, la misma huella en su colección de relatos, *Fortunas y adversidades de Sherlock Holmes* (2008), y en su última novela *Antes del invierno* (2008) que, como en ocasiones anteriores, rinde su tributo a la novela de espionaje y policíaca, con un protagonista estoico y escéptico en una España franquista, un extraordinario relato de esos tiempos difíciles.

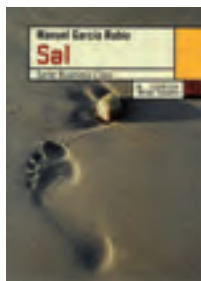
La novela *Antes del invierno* rezuma ironía y jocosidad en sus páginas, exhibe un agudo sentido del humorismo más tradicional para dejar constancia de esa sensiblera farsa vivida durante la postguerra franquista, sobre todo esa inequívoca convivencia entre los vencedores y los vencidos, cuando las relaciones familiares, paternofiliales, han sido abandonadas y un escéptico padre, protagonista, vuelve para reencontrarse

con un hijo convertido, tras la victoria, en un “poeta oficial con camisa azul” que, detenta su poder en la fuerza de una visionaria renovada lírica. Padre e hijo protagonizan *Antes del invierno* aunque, tras el reencuentro, el relato da extraño giro y se decanta por contar una historia de espías con esa inequívoca referencia a la II Guerra Mundial como trasfondo. Pero al hilo de los acontecimientos, de una exquisita crítica político-social de las exigidas fuerzas falangistas, sobresalen otros personajes que se convierten en ese elemento de relación, además de ofrecer algunos caracteres representativos del momento. La sutileza con que Pujol cuenta estos episodios es la misma que el tono general del relato, protagonizado por espías ingleses y alemanes, asesinos inexplicables, ineptos inspectores de policía o hermosas damas y una no menos enigmática joven pitonisa. El desinterés de muchos de los personajes por todo lo que ocurre a su alrededor es lo memorable en la novela, como si la situación histórica careciera de la suficiente importancia como para dejar constancia de ella. Aunque, en realidad, el enredo en que se ve metido don Emilio se muestra como una impostura del régimen, como si nada de lo que estuviera ocurriendo tuviera sentido y su trascendencia no ofreciera significación alguna en el futuro inmediato. Nada es lo que parece, incluso en una sociedad tan asfixiante y opresiva como la franquista de la época.

LA IDENTIDAD SOLUBLE

MARIO ELVIRA

Desde el siglo XVIII la novela no ha dejado de centrarse en la construcción del yo y en su relación con el mundo. Manuel García Rubio parte de esa tradición para reflexionar sobre la identidad del sujeto moderno, a través de la historia de Urbano Expósito, guionista inédito y alumno de un taller literario que intenta convertirse en protagonista de su propia historia, a la vez que entreteje su vida con la de otros personajes como la profesora Bovuá, Avellaneda, Selmo, Tino y la misteriosa Mrs.



Sal

Manuel García Rubio

Lengua de Trapo

24 euros

516 páginas

Gladstone. Las vidas cruzadas de estos personajes y contradictorios, que intentan ser los dueños de su propia vida, reflejan la propiedad que poseen algunos sólidos, como la sal, que les permite volverse líquidos al absorber la humedad del aire. Este concepto lo aplica García Rubio a la disolución de la identidad, a la obligación de ser alguien diferente y a los interrogantes que plantea la vida entendida como una respuesta inconsciente a preguntas que uno se formula sin saberlo. Pero aunque este argumento parezca un psicoanálisis lite-

rario, lo cierto es que García Rubio lo convierte en una interesante y arriesgada novela experimental, impregnada de humor, de críticas a temas actuales, de indagación sobre el proceso creativo y la muerte de la novela. y que el escritor trama con agilidad, con inteligencia y con un estilo que funde la técnica cinematográfica y la novela con claros homenajes al cine de Dreyer, a la nouvelle vague, a Niebla de Unamuno y al Ser o no Ser hamletriano, que subyace en esta novela distinta, exigente y melancólica.

PANORAMA DE LIBROS

MERCURIO

SUSCRÍBASE

Oferta 1

Diez números (suscripción anual)
20 € de gastos de envío

Oferta 2

Diez números (suscripción anual)
+ «La libertad como destino» de Fernando Savater
25 € de gastos de envío



Nombre

Apellidos

NIF Teléfono

Dirección

Municipio

Código postal Provincia

Email

Firma y fecha

FORMA DE PAGO

- ☐ Transferencia bancaria a Santander Central Hispano
0049-5420-91-2110226271
- ☐ Talón nominativo (a favor de la Fundación José Manuel Lara)
- ☐ Efectivo (en nuestras oficinas)
- ☐ Domiciliación bancaria (20 dígitos)

☐ OFERTA 1 ☐ OFERTA 2

Absalon

EDICIONES

*Saber y Entretenimiento
en sus Manos*



www.edicionesabsalon.com

C/ Ancha, 27, 3º D, 11001 Cádiz - Tlf: 902 022 785 - Fax: 902 022 516 - E-mail: info@edicionesabsalon.com

EL MAPA DE LOS DIOS

GUILLERMO BUSUTIL

Robin Lane Fox, catedrático de Historia Antigua y profesor en Oxford, ha demostrado en sus libros, *Alejandro Magno* y *El mundo clásico*, tener una poderosa capacidad narrativa con la que contagia a los lectores su pasión por la épica y la epopeya de la historia. Para Lane Fox el historiador es un viajero a través del tiempo que “usa su imaginación para interpretar las pruebas interrogándolas, siendo consciente de que sus respuestas deben estar siempre controladas por la evidencia”. Con esta filosofía de trabajo, Rober Lane Fox vuelve, en su último libro *Héroes Viajeros*, a centrar la atención del lector en el siglo VIII a.C., el tiempo en el que “las culturas mediterráneas se formaron en parte gracias a los viajes y los contactos”. En este período de importantes movimientos migratorios, en China, la India, el reino de Israel y en el Mediterráneo, y de la expansión del comercio que dio lugar a la creación del triángulo formado por Chipre, Sicilia y el Levante español, los fenicios desempeñaron un papel primordial. Ellos establecieron un amplio mapa comercial, aportaron nuevos inventos y crearon el alfabeto, pero “la falta de un Homero y de un Sófocles explica que los escritos fenicios no hayan sobrevivido, aunque su alfabeto sí que facilitó el desarrollo de la escritura griega”. A partir de las aventuras occidentales de los fenicios, Robert Lane Fox rastrea la estela de viajeros



Robin Lane Fox.



Héroes viajeros

Robin Lane Fox

Crítica

29,90 euros

596 páginas

y mitos griegos, los *muthoi*, que en un principio se transmitían a través de los relatos orales, con los que el pueblo sentía poseer un pasado lejano más brillante que el de otras culturas, y posteriormente mediante los oráculos, como el Delfos, donde los dioses hablaban de sí mismos en términos míticos. Para el historiador británico “los griegos daban por sentada su identidad, porque compartían un mismo lenguaje y una adoración parecida hacia sus dioses, pero los mitos reforzaban este sentimiento de “grieguismo” al hablar de héroes, volviéndolos más personales, y conectarlos con lugares de la geografía griega”.

En este recorrido que no deja de lado el significado que ha tenido la cerámica para arqueólogos e historiadores que, gracias a sus restos, averiguaron hábitos y costumbres de los pueblos de este siglo, Lane Foz hace especial

hincapié en *La Odisea*. El libro, donde por primera vez en la literatura universal aparece el sentimiento de nostalgia, que analiza minuciosamente para ahondar en la riqueza y en el misterio de la épica de Homero, al mismo tiempo que lo utiliza a modo de cartografía para indagar en las claves de la cultura griega y en el significado que tuvieron la simbología del paisaje, los rituales y la fenomenología de los monstruos que “fueron extremadamente importantes a la hora de favorecer que los mitos pasasen de una cultura a otra”. *La Odisea*, cuyo protagonista es el modelo del viajero más allá de los límites conocidos, supone también un testimonio, al igual que *La Ilíada*, de las incursiones de los griegos hacia Oriente Próximo con el propósito de establecer nuevos centros comerciales y nuevas ciudades estado. De ese modo los elementos homéricos de ambos libros contribuyen, como señala Lane Fox en gran parte de este excelente y ameno viaje a través de la historia, a identificar la expansión de los mitos y de la cultura griega en el mundo real del siglo VIII a.C. y sus años posteriores. Cuando el lector arribe al puerto del final de esta apasionante aventura didáctica tendrá un profundo conocimiento de los orígenes de Europa y de la importancia, en el imaginario del hombre contemporáneo, de una huella homérica que aún hoy a muchos les lleva a pensar, muchos siglos después, en los dioses y en los héroes.

UN EDITOR EXCEPCIONAL

EDUARDO CHAMORRO

España ha tenido y tiene editoriales muy bien dirigidas, así como excelentes directores literarios. Ahora, bien, si de lo que hablamos es de la historia española contemporánea, entonces el editor es, sin la más mínima duda, Rafael Borrás. Si contamos los años de la revista *La Jirafa*, previos a su prolongada experiencia con Planeta, el resultado es un proyecto editorial tan imaginativo como realista o pragmático, intachable desde el punto de vista del pluralismo político e ideológico, puesto en marcha y desarrollado durante más de medio siglo, se dice pronto.

De modo que no sólo hablamos de un editor excepcional; también lo fue su proyecto y lo es, y sigue siendo, esa su obra, hasta el punto de constituir el fundamento de la tesis que David Escobar presentó el pasado 3 de diciembre, bajo la dirección de M. Vincent Garmendia, ante un jurado de la Université Michel de Montaigne-Bordeaux III.

El trabajo lleva por título *Mémoire et édition pendant la transition démocratique espagnole: la collection Espejo de España des Editions Planeta de 1973 a 1978*, y se trata de la investigación científica de un fenómeno intelectual abordado en su periodo más significativo y arriesgado, desde cuatro suertes de perspectiva: a) el panorama de la memoria cultural de la época entre el control de la censura y la desaparición de esta bajo las circunstancias de la transición; b) el recorrido del proyecto editorial de Rafael Borrás, b) la puesta a punto de



Salvador Sánchez Terán.



La Transición.
Síntesis y claves
**Salvador Sánchez-
Terán**
Planeta
23 euros
266 páginas

los recursos editoriales establecidos por José Manuel Lara en Planeta, y d) el despliegue de la colección Espejo de España, su incidencia en el mercado y sus efectos colaterales en el panorama editorial.

La tesis de David Escolar plantea el contexto en el que se inserta con la debida coherencia la nueva colección dirigida por Rafael Borrás en Planeta, *España Escrita*. Ambas colecciones forman ahora la reconstitución de un proyecto bifronte. Si con *Espejo de España* se buscaba la expresión de una historia que no estaba en los escritos, con *España Escrita* se persigue el mantenimiento de la vigencia de unas memorias y unos recuerdos amenazados por una novísima y esquiva concepción de la “modernidad”. Ante una escuela que funciona como banderín de enganche para cazafortunas y buscavidas afanados en la condena de una transición que, según ellos, se hizo mal

o nunca se debió hacer como se hizo, la renovada serie de libros promovida por Borrás regresa a la fisiología de la España contemporánea y examina los talleres en los que se decidió, negoció y llevó a cabo una operación tan delicada como la Transición, con tantas fechas de caducidad como ahora –con todos a cubierto– se quiera, y con tanto esfuerzo y aciertos como treinta años de sosiego merecen reconocer.

El libro de Salvador Sánchez Terán *La Transición. Síntesis y Claves* es un buen ejemplo programático de lo que *Espejo de España* dio de sí y de lo que *España Escrita* puede mantener vigente desde el punto de vista del análisis político y la crítica histórica. Sánchez Terán es un político que procede de las ciencias y la técnica, y observa las cosas de las que habla –y en las que intervino– desde un punto de vista a baja temperatura, para contarlas con una pluma meticulosa y administrativa, en una combinación de método y sistema bastante adecuada para considerar en frío, imparcialmente, aquella arquitectura de decisiones a la que llamamos *Transición*. Un periodo de mano hirsuta en guante a veces de terciopelo, que ahora puede contemplarse como revisa el peregrino el rastro de sus pasos antiguos, y el pensionista, los fundamentos de sus haberes pasivos, pero que entonces –en un tiempo y en un país fundamentalmente dramáticos– fue una erizada secuencia de reyertas entre el sentido común y una galería de fantasmas más o menos armados, más o menos fantasmas.

IMPOSIBLE HISTORIA POSIBLE

FÉLIX ROMEO

Ahora, que Enrique Vila-Matas ha reconocido en un artículo a Dominique Noguez (Bolbec, Francia, 1942) como “antiguo compañero de juergas”, es posible que se amplíe su obra traducida en España, limitada a su novela *Amor negro* (Alianza). Y quizá la próxima entrega sea *Vingt choses qui nous rendent la vie infernale*, de la que Vila-Matas afirma que es “un catálogo razonado de todo aquello que le produce leves malestares graves”. Mientras tanto, se puede disfrutar ya de *Lenin Dadá*. Publicado

originalmente en 1989, se presenta como un erudito ensayo histórico y guarda algún parecido con los falsos documentales, pero tiene una

UNA ESPECULACIÓN NARRATIVA SOBRE EL ENCUENTRO DE LENIN Y TRISTÁN TZARA

gran diferencia, Noguez utiliza datos reales: el Cabaret Voltaire existía en Zurich; Lenin vivía a muy pocos metros del Cabaret Voltaire, donde Dadá tenía su sede; es posible que Lenin, a quien le gustaban las tabernas, cayera por el Cabaret Voltaire... A partir de ahí, todo, o casi todo, es especulación durante la mitad del ensayo. Especulación realizada con gran habilidad narrativa que, paradójicamente para los intereses de Noguez, es tan buena que resulta sospechosa, por su escasez entre la historiografía erudita. Como muestra, basta su análisis de un cuadro de Dalí, “Alucinación parcial: seis imágenes de Lenin sobre un piano” (1931), en el que quizá pintara no tan crípticamente



Dominique Noguez.

SOPHIE BASSOULS



Lenin Dadá

Dominique Noguez

Península

16,90 euros

160 páginas

la relación de los dadaístas con el líder comunista: “y las seis “imágenes” o “apariciones” de Lenin sobre el piano son como una forma de significar seis veces la presencia de Lenin junto a cada uno de los seis miembros de la “Orquesta Voltaire” [Tzara, Arp, Ball y cia.]”.

Tras la exposición de esas “relaciones históricas”, que nunca dejan de tener un aire humorístico, y conociera Lenin a los miembros de Dadá o no los conociera, está el asunto central de la tesis de Noguez. El revolucionario ruso habría sido quien llevara los presupuestos teóricos de los dadaístas (contradicción, simulacro, crimen, ubuismo) a donde esa cuadrilla de literatos gamberros jamás se habría atrevido a llevarlos: a la acción política, a la administración pública, a la

justicia... Y la acción política, la administración del Estado y la justicia de Lenin, tras la revolución, fueron un desastre mayúsculo. Resumiendo: primero, asesinato sistemático de sus enemigos (en un amplísimo sentido), y, posteriormente, asesinato sistemático de sus camaradas, delineando ya la línea maestra de su sucesor, Stalin, el terror.

La segunda mitad de *Lenin Dadá*, a partir del capítulo “Política Dadá y principio de contradicción”, que aborda la llegada de Lenin al poder, es buena, aunque el humor negro de Noguez casi nunca puede sostener tanta brutalidad, tanto desvarío. Escribe: “A partir de julio, mientras que él mismo manda fusilar a 23 personas en Moscú, 10 serán ejecutadas en Murom, 35 en Viatka, 428 en Iaroslav, 78 en Kazan, 512 en una sola noche en Petrogrado –eso sin contar los asesinados en Klin, Voronej, Sestrerietz o Stavropol, cuyo número exacto se desconoce, ni los oficiales fusilados o degollados en Nijni-Novogorod (varias docenas), en Odessa (algo más de 400) o en Kiev (unos 2000). Empezando por la matanza de Armavir, donde perecerán 1342 personas entre enero y febrero, casi todas las demás masacres tendrán lugar antes de fines de agosto de 1918”.

En el epílogo, Noguez explica que quería escribir un ataque contra la historiografía tramposa que usa datos reales para fabricar mentiras. En su *Lenin Dadá* también baraja tramposamente datos reales, pero su retrato de Lenin y de su violencia es veraz.

UNA LECCIÓN MAGISTRAL

MARTA SANZ

Quizá el mejor homenaje que podemos tributar a *Vacío perfecto*, colección de reseñas sobre libros inexistentes, sea escribir una crítica sin haberlo leído subrayando la idea de que la palabra (la crítica, la literatura) funda lo que no existe (la lectura de un libro, el libro en sí, el mundo). Perderíamos una ocasión de gozo.

Andrés Ibáñez, en sintonía con Lem, coloca este libro-mundo al lado de la enciclopedia de Borges en *Tlön, Uqbar y Orbis Tertius*. La posmodernidad, partiendo de la desconfianza en el lenguaje, genera un potente imaginario: espejos, trampantojos, *mise en abyme*, fragmentos del yo; y, a partir de la duplicación, sus binomios interpretativos: realidad y ficción, verdad y mentira, lo auténtico y su falsificación, lo natural y lo artificial, en las producciones humanas y en el universo que, tal vez, sea producto de una partida cuyos jugadores no se mueven por razones éticas sino por la lógica que el juego impone: así se explica en el único texto que no es una reseña, sino el discurso de un Nóbel de Física. Dios, las matemáticas, el cosmos y el azar se unen en una literatura-ficción coherente con el género que fascinó al autor de *Solaris*.

La literatura es el artificio que destaca sobre la historia, la ciencia, la crítica. Las ficciones de ficciones revelan que lo que no existe es posible –al menos verosímil– aunque altamente improbable, pero que nada existe en realidad:



Stanislaw Lem.



Vacío perfecto

Stanislaw Lem

Impedimenta

21 euros

328 páginas

son tantas las probabilidades de que algo no suceda que resulta extrema la dificultad de la vida. Lem se ríe de sus razonamientos y consigue que el escritor, el científico o el crítico se resten importancia a través del recurso paradójico de dársele toda, sintetizando distanciamiento y mirada narcisista, la humildad y la soberbia inherentes al proyecto creativo. Es imposible no disfrutar con la fértil imaginación de Lem y de su eficacia como contador de historias; con ellas arroja un guante: los lectores podrían convertirse en escritores que reconstruyen la periferia textual a partir del núcleo, rellenan el hueco, perpetrando así la ilusión democrática de la literatura como diálogo. ¿Se está riendo Lem de las fantasías demagógicas de la posmodernidad? Sobre proyectos y probabilidades fallidas con las que el lector juega trata “Do yourself a book”:

tras su lectura no reprimo la hipótesis de que, cuanto más perezoso es el público-lector, más quiere participar en el texto a través de recursos infantiles que, con su dinamismo, distraen del tipo de lectura, profundo y reposado –divertidísimo–, que exige *Vacío perfecto*.

Lem disecciona los tópicos que configuran el canon a través de la parodia de la genialidad, la autoficción o el servilismo del autor respecto a los lectores. Más allá de metaliteraturas, sobresale la dimensión ética de una obra que, en definitiva,

trata de los deseos, las historias no contadas, la utopía, la distopía y la posibilidad de que a veces sea preferible que algunos deseos no se cumplan o de que se queden en el tintero algunos relatos. Lem no se mete el dedo en el ombligo y le da vueltas. Habla del mundo. Estas páginas no se reducen a lección magistral o divertimento para *letraheridos*. El lector, al entrar en esta maraña de *pseudonovelistas*, *pseudocríticos* y *pseudofilósofos*, se transforma en un lector con mayúsculas: las *pseudomasturbaciones* de la inteligencia creativa necesitan ser desentrañadas y son estímulos para aprender cosas nuevas de la sabiduría de Lem y desarrollar la habilidad de pensar desensoberbeciendo a la vez el pensamiento.

ES IMPOSIBLE NO DISFRUTAR CON LA FÉRIL IMAGINACIÓN DE LEM Y DE SU EFICACIA COMO CONTADOR DE HISTORIAS QUE DIALOGA CON LOS LECTORES

EL CUERPO ENTERO DEL MITO

ISABEL PÉREZ MONTALVÁN

inevitable. Antes de llegar a las librerías el volumen de la *Poesía completa* de la norteamericana Sylvia Plath (1932-1963), traducidas al español y editadas por Bartleby (impecable su selección de autores extranjeros), ya podía preverse el éxito de ventas (poético, claro, lo que se traduce en unos pocos miles de ejemplares). Ya se anuncia la segunda edición. Inevitable porque hace décadas que esta autora se convirtió en uno de los mitos literarios del siglo XX, un icono feminista, existencial y trágico. Este apa-

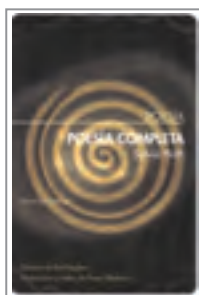
sionante libro, que se presenta bilingüe, respetando la introducción y la edición cuidada por su marido, el poeta Ted Hughes, traducido y anotado con esmero por Xoan Abeleira, supone el acercamiento, cuando no el

descubrimiento, de una escritura destinada a perdurar.

El traductor considera que deben separarse sus logros estéticos de su experiencia biográfica, pues sus textos “más allá de su mero valor confesional, adquieren una trascendencia que está por encima de las limitaciones temporales, geográficas o individuales para conectar con el lector en un lugar del sentimiento, de la inteligencia o de la vida”. Tiene razón, pero no. Imposible negar en este caso (tal vez en ninguno) la vinculación



Autorretrato de Sylvia Plath.



Poesía completa

Sylvia Plath

Bartleby Editores

28 euros

704 páginas

entre la vida y la obra de la escritora. Imposible olvidar su enfermedad y su suicidio si se quiere comprender el alcance de su poesía y la recepción de la misma. La obra de Plath se ha instalado entre notoriedad y mito, admiración y devoción, buena literatura y genialidad. Cuesta adivinar cómo se leería de ignorarse su inestable existencia, más todavía cuando su obra la refleja y se alimenta de ella; de sus amores, sus depresiones, sus hijos, su entorno y sus aspiraciones.

Del mismo modo que la obra de Lorca no puede ser la misma cuando se escribió que cuando el receptor la descubre o la retoma después de que su asesinato y el tiempo la hayan trascendido para otorgarle otra lectura (ejemplo: el poema “La cogida y la muerte” del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* pudo ser en ori-

gen un homenaje al torero y a la fiesta nacional, pero ya en todo el mundo sólo puede leerse como un escalofriante relato de la muerte). Así, los poemas de Plath se reciben hoy desde el conocimiento de su tragedia, adquiriendo así una magnitud autodestructiva transmutada en arte, y favoreciendo un análisis íntimo del subconsciente, del daño que provoca vivir en la fragilidad humana. No se trata de cubrirla con los tópicos que el mito ha creado, pero tampoco cabe quitarle toda la piel para encontrar en la hipodermis sólo las palabras, pues la piel y los vestidos de Sylvia Plath vienen a conformar su cuerpo entero, la esencia misma de su simbolismo y su modernidad, los ingredientes de su plasticidad lingüística. Toda su intensa capacidad expresiva se origina y crece gracias a sus experiencias vitales, sus derivas psicológicas y su destino.

Se dice de estos creadores-mito que su biografía ha superado la propia obra. Es cierto que la trascendencia alcanzada se debe en parte a sus circunstancias vitales, pero también que éstas han favorecido la difusión de una obra importante, que es tal porque se gesta en lo personal y el entorno. No es sino su vida (más su talento) la que posibilita a Sylvia Plath desplegar la agonía de su sensibilidad, el hallazgo de la trastienda del léxico; el impulso para dar el salto más allá de la tradición, para enaltecer lo pequeño y escribir con la fuerza incesante de un pulso poético más grande y más largo, eso sí, que su propia vida.

LA RESPIRACIÓN DEL NO SER

JAVIER LOSTALÉ

Antonio Gamoneda ha vuelto a recluirse en el seno de esa luz blanca, anuncio del no ser, y a dejarse fecundar por la idea de la muerte. Y a los dos años de la obtención del Premio Cervantes nos ha entregado un nuevo libro formado por seis poemas en los que, fiel a su proceso de creación, se ha deshabitado hasta ese vacío engendrador de desapariciones aún con pulso, y ha escuchado más que nunca, con todo su cuerpo transformado en conciencia, el sonido de lo inexistente. Así ha nacido *Extravío en la luz*, una obra en la que Gamoneda, con un despojamiento que produce escalofrío, ha interiorizado en su lenguaje lleno de emanaciones físicas y psíquicas toda su existencia, y lo ha hecho “extraviándose” (hasta ser asumido) en la luz que, para el poeta, es un hecho terminal, lo que precede a la cesación de la vida. Umbral donde, al ser genéticamente rescatado por la memoria, adquiere su pleno sentido el entramado de dolor, amor, orfandad, sucesos, gestos, injusticia, mentira, corrupción, suicidios, represión y asesinatos colectivos durante nuestra guerra civil y posguerra, vividos por el autor ovetense. Lugar donde siguen “ardiendo las pérdidas” (recordemos el título de otro de sus libros), y con la desnudez de la proximidad a lo invisible la escritura se convierte en interna acción moral, en la que están comprometidos pensamiento y contemplación, alumbradora del recuerdo, el olvido, las preguntas, los sueños, lo ama-



Antonio Gamoneda.



Extravío en la luz

Antonio Gamoneda

Casariego

50 euros

80 páginas

do, con la fisicidad que siempre tienen los versos de Gamoneda, donde hasta la materia tiene pulsaciones y cada órgano corporal, cada residuo del organismo, se individualiza en experiencia vital: “Amo el estambre celular, las heces / blancas al fin, el orificio / de la infelicidad, las médulas / de la tristeza, los anillos / de la vejez y las sustancias / de la tiniebla intestinal. Amo los círculos / grasientos del dolor y las raíces / de los tumores lívidos”. Y aparecen las manos, tan necesarias en su poesía, en la que el tacto es revelación, conocimiento y curación: “Unas manos pasaban sobre mi rostro y envejecían dulcemente. ¿Qué / fue existir entre cuerdas y olvido? / ¿Quién fui en los brazos de mi madre, quién fui en mi propio corazón?”. Hay en *Extravío en la luz*, como en general en toda la obra de Gamoneda, un cordón umbilical nunca roto con la infancia y, sobre todo, una presencia del agua en el

poema central del libro, “Ha de llover”, que nombra calando, ya fuera del tiempo y del espacio por su intensidad primigenia, todo el dolor, el horror y la dignidad de una vida: la del propio poeta. Agua que es purificación: “Ha de llover en los pantanos / rebosantes (se dice) de fascismo y de / tristeza imperial”, resurrección: “Sí ha de llover: hoy es martes / especialmente. Hoy resucitan / los fusilados de Villamañán”, bautismo del sufrimiento hasta el tuétano para un eterno amanecer redentor: “¿Está lloviendo? / Sí, está lloviendo. Las madres/son blancas y locas. Vienen/al penal y a los laboratorios/de la tortura. / Ya / están aquí las madres. Traen/ fuego y amor. / ¡Ah de la lluvia, / sobre las madres!”

Extravío en la luz es un libro desplegable como un gran lienzo de la existencia, en el que junto a los poemas de Antonio Gamoneda pueden leerse, no sólo verse, los veinte grabados del poeta Juan Carlos Mestre que reflejan magistralmente la idea mantenida por Gamoneda de que en la poesía se llega a crear una función lingüística que integra lo cierto en lo inverosímil, por eso en ellos se funde la invisibilidad con la certeza de números y, estremecedor, de nombres de fusilados durante la guerra civil. Lienzo en el que también son esenciales los dos preámbulos de la profesora Amelia Gamoneda. Todo ello encarnado por esa artista de la edición que es Isabel Casariego. ¿Cabe mejor acompañamiento para otra obra mayor de nuestro Premio Cervantes?

Mira Sevilla



www.turismosevilla.tv



PELIGROS DEL FUTURO Y GATOS DEL PASADO

CARE SANTOS

Futuros peligrosos

Elia Barceló

Edelvives. 165 páginas. 9,90 euros

Siete relatos en los que el futuro es un lugar mucho menos confortable de lo que parece nos ofrece la consagrada Elia Barceló en esta nueva y magnífica entrega. Adolescentes seducidos por el dinero que caen en las garras de un par de diablos capaces de concederles –horror– cualquier cosa que deseen, un mundo socialmente perdido donde los viejos han sustituido a los niños o donde los programas de televisión alcanzan cotas máximas de barbarie y embrutecimiento son algunas de las situaciones que despertarán un espanto mucho más cotidiano de lo que deseáramos. Barceló, como los buenos, utiliza la ficción científica sólo como pretexto para retratar lo peor de nuestro mundo y de nosotros mismos. Sin perder la ironía ni la inteligencia.

El elefante encadenado

Jorge Bucay / Gusti

Serres. 24 páginas. 14 euros

El elefante es la admiración de quienes ven la actuación del circo. En especial del niño que narra esta historia, tras el que se esconden las impresiones infantiles de su autor, y quien no puede dejar de maravillarse de que una vez terminada la función el enor-



me animal sea encadenado a una pequeña estaca y nunca trate de escapar. El narrador intenta conocer el misterio de la inmovilidad del elefante, pero nadie sabe ayudarle. Y mucho peor: nadie parece haberse preguntado jamás por qué el elefante no intenta escapar, a pesar de que la estaca que lo ata es endeble y diminuta. Hasta que alguien le cuenta la verdad, y el niño descubre que las limitaciones que nos amarran a nuestros miedos son una estaca mucho más fuerte de lo que creemos a simple vista. Una preciosa fábula con mensaje que canta a la necesidad de creer en uno mismo y no rendirse jamás, contada por uno de los mayores especialistas en relatos inspiracionales, y que además se enriquece con unas ilustraciones magníficas con aroma a destinos lejanos y a largos viajes de ida y vuelta.

Mika en el Egipto de los faraones

Francesc Miralles / Purificación**Hernández**

Oniro. 64 páginas. 15 euros

Nace una nueva colección con autoría doble de lujo: el escritor todoterreno Francesc Miralles y la versátil ilustradora Purificación Hernández. La tercera artífice del volumen es su protagonista, la gata Mika, pizpireta mascota del profesor Franciscus, quien suele dor-

mirse mientras trata de hallar el modo de que su máquina del tiempo funcione. La felina, por supuesto, aprovecha esos descuidos para explorar por su cuenta, y en este caso lo hace en un destino cargado de misterio: el Egipto faraónico. Allí conoce a los constructores de las pirámides, paladea las delicias de ser convertida en diosa y aprende a momificar congéneres. Todo contado con mucho sentido del humor y acompañado por un apéndice didáctico e ilustrado que a los lectores habrá de servir para afianzar conocimientos.

No abrir. Enciclopedia de los misterios mejor guardados

John Farndon.

256 páginas. 26,95 euros

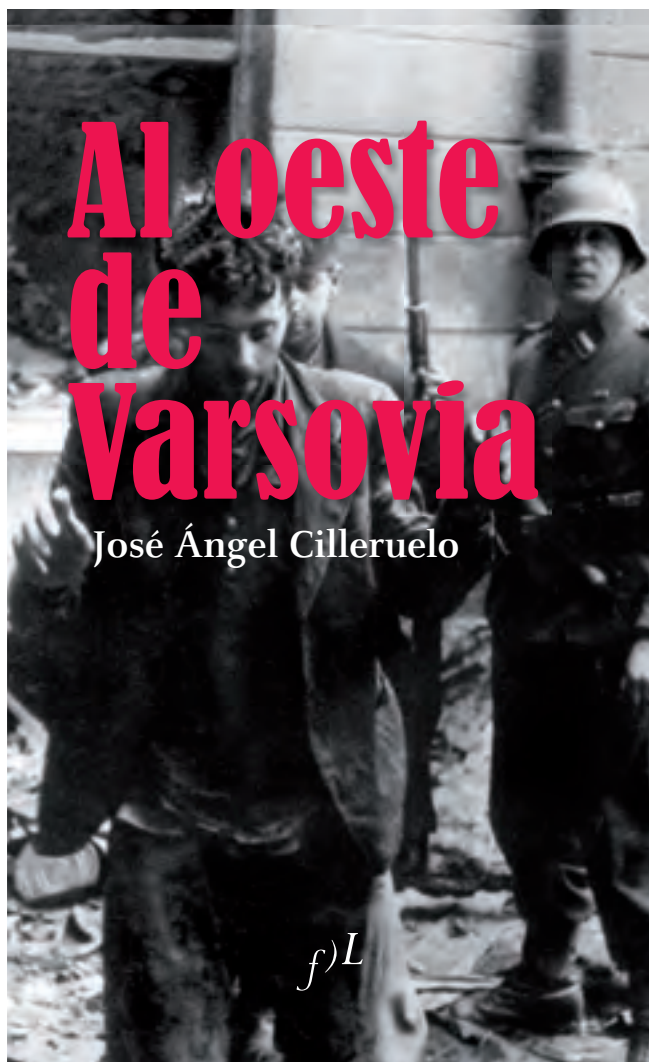
He aquí uno de esos libros que nos hacen lamentar no tener diez años. Presentado como un volumen divulgativo, ricamente ilustrado, este libro pone al alcance de los lectores jóvenes algunas de las curiosidades y misterios de nuestro mundo. Desde las Líneas de Nazca hasta la historia de los escapistas más famosos, las técnicas más modernas de espionaje o el misterioso paradero de la heredera desaparecida de la familia imperial rusa, Anastasia. Cantidades ingentes de información muy bien seleccionada para hipnotizar a los lectores.

Al oeste de Varsovia, un alegato contra la crueldad y la indiferencia

José Ángel Cilleruelo presenta la novela ganadora del Premio Málaga

La Fundación José Manuel Lara presenta de nuevo este año la obra ganadora del Premio Málaga de Novela, considerado uno de los más prestigiosos de todos los que se convocan en Andalucía. El galardón, que concede el Ayuntamiento de Málaga a través de la convocatoria que realiza el Instituto Municipal del Libro, ha recaído en el escritor José Ángel Cilleruelo, autor que tiene una prestigiosa trayectoria literaria como narrador, ensayista, traductor y poeta. *Al oeste de Varsovia*, título de la obra ganadora, nos traslada a la Polonia nazi y viaja luego a la época actual para aclarar un misterio relacionado con la desaparición de un poeta vanguardista que se rebeló contra la opresión.

Dotado con 24.000 euros, el Premio Málaga de Novela ha llegado a su cuarta edición. El jurado destacó de la novela ganadora “su intensidad lírica, su calidad estilística, la excelente trabazón con que aparecen ligados los diferentes tiempos y su originalidad temática”. Todo comienza en 1939, cuando dos soldados nazis irrumpen violentamente en la clase de literatura del profesor Cezary Ciésłak, que es ejecutado ante la pasividad del claustro. Tres generaciones después, el rastro de su memoria ha desaparecido por completo, pero la narradora, casada con un nieto del profesor asesinado, se propone esclarecer los detalles de tan extraña desaparición, desafiando a las autoridades



de la ciudad polaca de Zielona Góra, que no muestran interés por investigar un caso que podría enturbiar las relaciones con Alemania en un momento en que Polonia se prepara para ingresar en la Unión Europea. Con la ayuda de una prostituta, compañera de pensión, y de unos pocos trabajadores del centro en el que Cezary impar-

tió sus clases, la protagonista emprende una emocionante búsqueda que alterna el presente de la narración y la evocación de los dramáticos episodios de la invasión nazi, descubriendo vergonzosas complicidades que nadie desea recordar y afrontando las contradicciones, tan actuales, en el uso político de la memoria histórica.



El autor, José Ángel Cilleruelo, ha destacado que la historia de *Al oeste de Varsovia* “nace de una impresión: el hecho de que muchos pequeños conflictos de nuestra sociedad se quedan sólo a un paso de resolverse con el uso de la violencia y de la muerte. La rapidez con la que empiezan las guerras, aun en las sociedades contemporáneas, da qué pensar. En la novela me interesa indagar sobre esa extraña frontera que se cruza cuando la aniquilación del adversario entra dentro de las posibilidades”.

Este paseo por la historia ha hecho reflexionar al autor sobre la necesidad de tener memoria histórica y su deseo, nada fácil, de plasmarla en un papel. “Mientras los vencedores tienen “historia” –indica Cilleruelo–, los vencidos cuyo honor no ha sido socialmente reconocido poseen “memoria histórica”. *Al oeste de Varsovia* trata de reflejar también esa dualidad en las miradas hacia el pasado, aunque con algunas distorsiones añadidas: las de quienes asientan en el pasado su poder del presente, para lo que fortifican la historia con tópicos e idealizaciones inamovibles; y la de quienes sufren un pasado con una herida aún doliente”.

Librería De Viaje

De *Viaje* arrancó allá por el año 89 en General Díaz Porlier, en pleno barrio de Salamanca, para posteriormente trasladarse a su actual emplazamiento en la calle Serrano, donde ya lleva más de diez años. Se caracteriza por aglutinar librería y agencia de viajes en un solo concepto, de manera que el viajero pueda entrar en nuestra tienda sin nada decidido y salir de ella con el viaje organizado y debidamente pertrechado con las guías, mapas y complementos necesarios. A nuestra librería acude gente de todo tipo a la que une la pasión por viajar. Recientemente hemos reestructurado el espacio



de la tienda, haciéndolo más amplio y cómodo para nuestros clientes, al tiempo que hemos volcado nuestros esfuerzos en la página web que incluye diversos blogs: sobre literatura de viaje, recomendaciones de lugares que merecen visitarse,

hoteles singulares, una wiki de viajes, y, por supuesto, el blog de Santos Valenciano, uno de los viajeros más incansables de nuestro país y auténtico buque insignia de la librería., donde nos relata sus experiencias.

Todos los martes tiene lu-

gar una tertulia de viajes y periódicamente se realizan presentaciones de las últimas novedades en guías y libros sobre viajes.

Para los que viajan al continente africano por primera vez solemos recomendar *Ébano*, de Ryszard Kapuscinski, autor por el que apostamos aún antes de que su nombre fuera más conocido tras recibir el Príncipe de Asturias. También podríamos destacar otro clásico, *La Biblia en España*, de George Borrow, y las *Crónicas Ibéricas* en las que David Fernández de Castro vuelve tras sus pasos ciento setenta años después.

JOSÉ MARÍA FLORES

DE VIAJE
www.deviaje.com
C/ Serrano, 41
Madrid

La Fundación José Manuel Lara y la Fundación Cajasur convocan :

PREMIO DE BIOGRAFÍA ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ 2009

PREMIO MANUEL ALVAR DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2009

Más información y bases completas en ccarballo@fundacionjmlara.es

  Fundación José Manuel Lara

Hay otra Sevilla.

Quizás ya hayas disfrutado de las cosas que han hecho famosa a Sevilla.

Pero estamos seguros de que aún no la conoces. Porque Sevilla es toda una provincia por descubrir.

Un mundo que no te esperas, de cultura y naturaleza, de patrimonio y gastronomía.

En la provincia...
hay otra Sevilla.



**Turismo
de la Provincia**
DIPUTACION DE SEVILLA

Ribera del Huesna. San Nicolás del Puerto.

www.turismosevilla.org



Unión Europea

FEDER

Juegos y juguetes tradicionales

Francisco Selva López

Editorial Arguval,

160 páginas, 19,23 euros

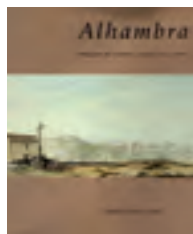
En la memoria de cualquier persona los juegos y objetos de la infancia tienen un papel esencial, entre otras cosas porque casi todos también somos producto de nuestros juguetes al igual que de nuestras lecturas. Esta idea es la que expone Francisco Selva López a través de los juguetes y de los juegos de su infancia en los años cuarenta. En el recorrido por esos años, el autor rescata numerosos divertimentos de mesa, de calle y de playa, como el trompo y las diferentes maneras de tirarlo, las chapas, las canicas, el aro, los cromos, las prendas, el vuelo de cometas y los castillos de arena. Juegos a los que el autor les añade frases y gestos relativos al desarrollo de estas actividades. En la última parte del libro Francisco Selva recoge también la afición del coleccionismo de los años cuarenta como estampas de fútbol o de gusanos de seda y también las canciones populares de los juegos de las niñas.

Alhambra. Imágenes de ciudad

Antonio Gámiz Gordo

Fundación Legado Andalusi

Desde su valoración como monumento en 1870, La Alhambra ha tenido una especial relación urbana y paisajística en la ciudad, además de ser la imagen icónica que sigue atrayendo la imaginación y el interés de quienes hacen del paisaje y del urbanismo un objeto de estudio. En este libro, Gámiz Gordo ha reunido ciento



cuarenta dibujos y grabados, con variedad de perspectivas y detalles, que muestran la evolución del monumento y de la propia ciudad. Entre el rico material documental se encuentran trabajos de van de Wyngaerde, de J. Hoelnagel, de Valezo, de F. Sabatini y de José de Hermosilla entre otros artistas que aportaron diferentes secuencias gráficas sobre la arquitectura, el paisaje, las formas de vida y de las tradiciones vinculadas al palacio y a la ciudad nazarí.

El Experimento Wolberg

Manuel Moyano

Menos Cuarto, 152 páginas, 13,50 euros

Una colección de relatos en los que el escritor cordobés, Premio Tigre Juan en 2001 por su libro *El amigo de Kafka*, aborda diferentes historias sobre la condición humana, en las que afloran la culpa, la cobardía, el espejismo de las ilusiones, la vanidad y la resignación. Los temas que Moyano aborda con un estilo envolvente, cuyas reminiscencias recuerdan a Calvino y a Borges, definido también por el dominio de las atmósferas, por la combinación de lo trágico y lo jocoso y por el la afición a deslizar hacia los terrenos de la realidad diferentes sucesos improbables. La posibilidad de que una mona sea fecundada por un hombre, en el cuento que da título al libro, junto con la irrealidad, la ironía y el quiebro de los sorprendentes finales de otros relatos como *El día de los dones*, el excelente relojero judío y Corsini contrariado, son las mejores de este divertido y a veces surrealista volumen de cuentos.



R.A.
AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

**PATRONATO DEL REAL ALCÁZAR
Y DE LA CASA CONSISTORIAL**

CONFERENCIAS:

**La prensa de Sevilla
durante la IIª República
y la Guerra Civil**

2 de marzo
Los diarios de Sevilla ante
el golpe militar de 1936

3 de marzo
La prensa de Sevilla durante
el primer tercio del siglo XX:
Una visión panorámica

4 de marzo
La Asociación de la Prensa
de Sevilla: Orígenes y evolución

9 de marzo
El ABC de Sevilla en los años
de la República y la Guerra
Civil

10 de marzo
Dos diarios independientes: *El
Liberal* y *El Noticiero de Sevilla*

11 de marzo
La prensa católica en Sevilla
durante el primer tercio
del siglo XX: *El Correo de
Andalucía*

12 de marzo
La prensa tradicionalista: El
diario *La Unión* y el semanario
El Observador

Todas las conferencias se
celebrarán a las 19.30 h. en el
Cuarto del Almirante del Real
Alcázar, con entrada libre por el
Patio de Banderas.

Patronato del Real Alcázar
y de la Casa Consistorial
Patio de Banderas, s/n
41004 Sevilla
www.patronato-alcazarsevilla.es

VICTORIA OCAMPO LA EMBAJADORA DE AMÉRICA

ALFREDO TAJÁN

Cuenta el prestigioso historiador argentino Félix Luna en la colección de *Grandes Protagonistas de la Historia Argentina* (Planeta 1999), que él mismo dirigió, que “tras una noche de insomnio la Ocampo decidió fundar la revista *Sur*, sabiendo que otros, años antes, habían fracasado en ese intento”; y no se equivoca Félix Luna, Victoria Ocampo decidió poner en marcha la empresa editorial de su vida tras cerciorarse del apoyo de varios intelectuales próximos, como, por ejemplo, el ensayista norteamericano Waldo Frank, los franceses Drieu de la Rochelle y Jules Supervielle –que en ese momento viven la experiencia de la *Nouvelle Revue Française*– y el filósofo español, y amigo/¿amante? de Victoria, José Ortega y Gasset.

En Argentina no le faltaron apoyos y colaboradores directos. Da pánico, por respeto, pensar en la primera reunión de *Sur* en la que participaron Borges, Eduardo Mallea, Ramón Gómez de La Serna, Oliverio Girondo o María Rosa Oliver. El manantial periférico –americano y europeo– de la revista resulta tan amplio como las tendencias ideológicas que afloraron en su redacción. Sólo con su enérgica personalidad Victoria Ocampo pudo contener las tensiones del debate ideológico que germinaron y se desarrollaron en *Sur*, sólo con su fortuna personal, sus continuos viajes y sus amistades de altísimo nivel, pudo la revista publicar la amplia gama de firmas de distinto pelaje que pasaron por sus páginas, todos los imaginables e inimaginables; primero bimensual, después mensualmente, *Sur* ofreció al mundo, desde 1931 a 1977, y desde Buenos Aires, el pensamiento de una época fascinante. Cuando Victoria, ya anciana, decidió la dramática clausura de su revista, sólo le quedaban dos años de vida en una Argentina que ella no reconocía, una Argentina sumida en la crisis económica y en la dictadura militar.

Victoria había nacido en 1890 en el seno de una

familia de alto origen patricio con conexiones mercantiles con Europa. Es curioso, pero desde los seis años hasta su muerte, Victoria no cesará de viajar. El viaje es para ella una forma de vida: la que ha asimilado de su adinerada familia, unos exquisitos

terraténientes que forman parte de la llamada “sociedad transatlántica”; la hermana de Victoria, la conocida narradora Silvina Ocampo, declarará que “mi papá subía a los paquebotes internacionales una vaca de nuestra estancia para que todos los días desayunáramos leche fresca”, y eso no es una excentricidad, es una anormalidad compartida. Para quien quiera acceder a los periplos de Victoria Ocampo no tendrá más que asomarse a su producción literaria, hoy por hoy brutalmente ignorada, a su extensa correspondencia con Keyserling, Virginia Woolf y Ortega y Gasset. Victoria

asume su neutralidad política como un reto: para la izquierda es de una soberbia insoportable, para la derecha, una snob que “mantiene una revista y un salón de bolcheviques”, esta última perla, por cierto, se la dedicó el fascista/futurista Marinetti.

Si bien se ha reivindicado el papel que desempeñó Victoria Ocampo como editora, y como gran embajadora cultural de América en el mundo, ya es hora de reeditar en el mercado peninsular su interesantísima obra literaria, que abarca los llamados *Testimonios* –en Editorial Sudamericana–, su correspondencia, y una extensa producción de ensayos. Precisamente de uno de ellos, titulado *El viajero y una de sus sombras*, voy a extraer una frase que resume la atronadora personalidad de la Ocampo: “No puedo admitir que el hombre, como portador de esperma, sea el representante del Espíritu, mientras la mujer, como portadora de óvulos, sea la representante de las fuerzas telúricas. No veo por qué un espermatozoide ha de ser más espiritual que un óvulo”.

Con esta declaración de principios queda, en parte, casi todo explicado.

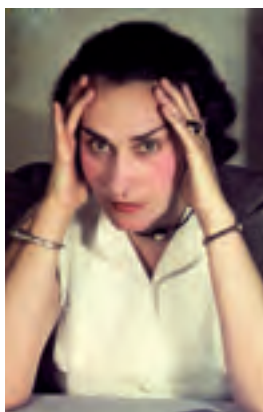


FOTO GISELE FREUND

ABRIL 2009

Dossier Juan Marsé, Premio Cervantes 2008 | Entrevistas Marta Rivera de la Cruz
| Ciudad Huelva por Juan Cobos Wilkins | Reseñas Martín Casariego. Cristina Cerezales.
Goran Petrovic. Enrique Rojas. Luis Suñén | Clásico Samuel Beckett
por Justo Navarro | Firma invitada Nacho Padilla



sirBa

SERVICIO DE
INFORMACIÓN
PARA LA **RED
DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS DE
ANDALUCÍA**

sirCa

SERVICIO DE
INFORMACIÓN
PARA LA **RED DE
CENTROS DE
DOCUMENTACIÓN
Y BIBLIOTECAS
ESPECIALIZADAS
DE ANDALUCÍA**



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Álvaro Pombo

AE
& I
✿



Virginia
o el interior del mundo

Planeta

Álvaro Pombo
*nos traslada a un mundo
tan íntimo que podría
ser el de cualquier lector.*

Planeta



Mercurio 109, Mar/09 79667



8 432715 031116